

Diario de un voluntario

© 2009. José Antonio Trillo Franco
© 2009. Casa Eolo, S.L.

Publica: Casa Eolo S.L.

ISBN: 978-84-937204-3-8

Web: www.casaeolo.com
e-mail: eolo@casaeolo.com
Reservados todos los derechos.



Se autoriza la difusión y reproducción de esta obra, siempre que se respete íntegramente su contenido y se citen expresamente el autor, la editorial y la fuente donde se puede descargar (www.casaeolo.com)

DIARIO DE UN VOLUNTARIO

DIARIO DUN VOLUNTARIO

José Antonio Trillo Franco

“IN UTROQ FELIX AUSPICE DEO”

Datum Brigantium die xxv Mesis Aprilis, Anno Domini MMIX

PRÓLOGO

En mi opinión, cualquier escrito o narración que corresponda a una historia real, siempre tiene más interés que cualquier historia inventada, por muy fantástica que sea y por muy bien escrita que esté.

Este pequeño libro es el testimonio de una experiencia personal que ha tenido una persona a la que conozco muy bien. Es un muy buen compañero, muy buen amigo, muy buen profesional, muy buen hijo y, por encima de todo, un ser humano extraordinario. Siempre pendiente de los demás, siempre intentando ayudar a las personas que lo necesiten; por eso eligió el trabajo que realiza, por eso le encanta trabajar de voluntario en grandes eventos, por lo cual, a la vez, contribuye a poner un grano de arena en la consecución del éxito de estas celebraciones que pueden traer prestigio a su país.

Es, también, un incansable viajero; curioso por conocer todos los países de su entorno europeo, de momento, con el tiempo, quizás, su frontera se abra a más allá.

Es para mí una gran satisfacción escribir estas líneas para introducir su escrito. Con ellas quiero darles a ustedes la bienvenida a su lectura y a él expresarle mi más profundo agradecimiento.

An. Ma. Caparrós. Abril 2009

DIARIO DE UN VOLUNTARIO

Todo comenzó un día de Julio del 2007. Estaba viendo el telediario de la 1ª y vi la noticia que en Zaragoza se presentaban los uniformes de los voluntarios de la Expo 2008. Se me pasó por la cabeza que después de la experiencia del voluntariado que llevé a cabo en mi ciudad, con motivo de la celebración del 50 aniversario de la Tall Ship Race (antigua Cutty Sark), me podía presentar aquí también y decidí inscribirme al día siguiente.

El viernes, desde la biblioteca del Hospital, me inscribí y al lunes siguiente, recibí la confirmación desde el registro de voluntarios. Accedí a la página y vi el temario de formación de los voluntarios y las preguntas sobre ello. Como eran bastantes hojas, decidí ir ese sábado toda la mañana a la biblioteca del Hospital e imprimir el temario. Quinientos folios... Pensé ¡qué barbaridad!

Todo el mes siguiente me estuve leyendo el manual, tengo que reconocer, que algunas de las presentaciones, eran un poco aburridas. Tenía prisa en leerlo ya que el día 23 de Agosto se acababa el plazo para hacer el examen online.

Contesté a las preguntas del examen y escribí una pequeña redacción, sobre el porqué me gustaría participar como voluntario en dicho evento. Una vez confirmado que había aprobado el examen me enviaron la documentación que debía presentar: datos personales, disponibilidad horaria y lo más importante, el compromiso de adhesión. Se la remití vía online y a través de la Delegación de Gobierno en Galicia, para así tener constancia de que no podía ser rechazado.

Pero por fin el día 29 de agosto, recibí un correo electrónico confirmándome que había sido inscrito como voluntario de Expo Zaragoza 2008. Aún siendo incrédulo, pensé que hasta que no me enviaran la confirmación, con mi horario, no me lo creería.

Pasaron los meses, y un poco desesperado, tal como soy yo, llamé varias veces a voluntariado de la Expo, para preguntar sobre la evolución de la participación en el evento y sobre todo para adquirir

los billetes de tren más baratos.

El día 8 de Junio del 2008, faltaban 6 días para el comienzo oficial de la Exposición Internacional, recibí un correo electrónico, informándome de mi agenda como voluntario. Todo contento, abrí el archivo adjunto, y vi que la agenda que me habían puesto no correspondía con los días que había pedido. Llamé a Expo Zaragoza y me pasaron con una coordinadora, le expliqué que los días que me habían asignado no eran los correctos y se me asignó del domingo día 7 al domingo 14 de septiembre. Acto seguido compré los billetes de tren, (verdaderamente un coñazo viajar en el tren “Estrella Galicia”, me quedaban doce horas de viaje de ida y otras doce de vuelta), que, gracias a Vicen, me informó que comprándolos por Internet, a través de la página web de RENFE, sería más económico y así lo hice, obteniendo un descuento considerable.

Una vez comprados los billetes solamente faltaba que llegara el gran día y, como siempre, todo gran día llegó.

El sábado día 6 de septiembre a las seis de la tarde llegó el momento. En la estación de San Cristóbal estaban para despedirme mis padres y Vicen ¡Que ilusión que hubiesen estado allí!

El tren comenzó su lento caminar, nunca mejor dicho, hacia mi destino, Zaragoza.

En mi compartimiento me encontré con una chica que había hecho un curso de inglés en un colegio de Coruña, era riojana. Me estuvo comentando que se lo había pasado muy bien en Coruña, que había conocido a mucha gente interesante en su estancia...

Pasadas casi tres horas desde nuestra salida de Coruña, llegamos a Sarria, donde se llenó el compartimiento de 8 plazas, fue agobiante, estar casi diez horas encerrado allí con 7 personas más. Eran peregrinos que habían hecho el camino de Santiago y que volvían para su tierra, Monzón. Una gente muy entrañable y muy agradable en su trato. Estuvieron contándome que era su primera vez, pero no la última que visitarían Galicia, les habían en cantado, sus gentes,

sus paisajes, y sobre todo su gastronomía. A su vez, les comenté, que me iba a Zaragoza de voluntario, que ya había estado en aquella ciudad un par de veces y que por parte de mi padre, mis antepasados remotos, habían marchado de la provincia de Huesca, para asentarse en la Costa da Morte.

El marido de una de las señoras que viajaban en el compartimiento, sufría de claustrofobia y el pobre señor estuvo todo el viaje yendo y viniendo, se bajada unos segundos en las paradas, sobre todo, el señor podría respirar más en Monforte de Lemos, León... cuyas paradas eran mas largas.

Llegó la hora de la cena, yo tenía preparados unos bocadillos de jamón granadino, bien curado, exquisitos, me los comí con gran voracidad, ya que desde la comida no había probado bocado. Cada uno de los restantes viajeros, comió lo que buenamente pudo, salvo la riojana que solo bebía de vez en cuando unos pequeños sorbos de agua.

Después, un rato charlando y luego a dar unas cabezaditas, si es que se puede en ese tren, que ya no existe.

Ya cerca de Logroño, nos despedimos de la chica, la cual estaba contenta por haber regresado a su casa.

Sobre las cinco o cinco y media, no recuerdo bien, subió al tren un matrimonio con un hijo, pensé para mí, pillar un tren a estas horas de la madrugada, tendrían que haberse levantado sobre las cuatro, para ducharse, desayunar algo...

Ya se acercaba la hora crítica y a las seis y cinco de la madrugada, ya había llegado a Zaragoza. Me esperaban cerca de dos horas hasta dirigirme al centro de voluntarios, para recoger mi credencial y que me diesen alojamiento.

Me asee algo en uno de los lavabos de Zaragoza Delicias y me senté en la sala de espera, paseé algo, vi que había unos Legos montados representando una montaña, una playa, una casa... me parecieron curiosos y a la vez instructivos ya que explicaban las fuentes renovables existentes.

Estaba amaneciendo y se presentía que el día sería soleado. Vino a mi mente lo que podrían estar haciendo los habitantes de aquella ciudad en aquellos momentos, las preocupaciones y las alegrías, lo recuerdo bien porque me sentí lejos de casa.

Pasó el tiempo y salí de la estación intermodal para pillarme un taxi. El taxista muy amable me comentó que solo los vehículos autorizados pueden acceder al recinto de la Expo. Me explicó que todos los días, a las once de la mañana, se realizaba un corte de tráfico ya que se izaba las banderas de los países que ese día tenían asignado su "día nacional" dentro del recinto. Una vez llegado al sitio, el taxista, sacó del maletero mi bolso y mi mochila, que venían cargados hasta los topes, con una serie de regalos para Sergio y sus padres.

Por fin pude localizar la oficina del voluntariado, vi las puertas de acceso a la Expo, y para mis adentros me dije: "¡dónde me he metido! ¡Joe! qué grande es esto, fijo que me pierdo".

Llegué a al mostrador de información de voluntarios y me informaron de que tenía que recoger la credencial en unas casetas ubicadas en el exterior. Salí y a 20 metros ya estaba ante la oficina de recogida de credenciales, era el primero ya que eran las ocho y cuarto de la mañana y aun no habían llegado todos los trabajadores. Rellené una ficha y me hicieron una foto para mi credencial que me la dio al momento. Acto seguido les pregunté si allí me daban la ropa de voluntario y me informaron de que tenía que ir a la oficina central del voluntario, que estaba enfrente; otra vez cargar con la mochila y el bolso, sin dormir, sin ducharme, sin desayunar, cansado... gracias que aun tenía un bocadillo de reserva y una lata de refresco.

El guardia de seguridad me abrió la puerta y me indicó el mostrador al que tenía que dirigirme. Había una persona que estaba siendo atendida y luego era mi turno. Dejé mis pertenencias en un rincón, y me fui al mostrador, me senté y me dieron para cubrir una ficha con mis datos, se me confirmó el horario y se me dio la ropa, los vales del desayuno, de la comida y de la cena, se me asignó una cama en el pabellón del Colegio La Compañía de María cerca de la Puerta del Carmen, en el centro de Zaragoza, y se me regaló una tarjeta de bus para desplazarme por la ciudad.

Una vez hecho todo esto, me fui a desayunar a la cafetería Siglo XXI y llamé a mi casa y a Vicen para decirles que estaba perfectamente y que me iba a desayunar. Al volver a la oficina central vi a una chica cubriendo los datos, con un montón de banderas adhesivas pegadas a su mochila y la que me llamó más la atención era la de Islandia. Escuché que también era voluntaria para telecabina y respiré, ¡por fin ya conocía a alguien que iba en mi grupo!

Sobre las diez de la mañana, unos voluntarios me llevaron en un microbus, y me fueron enseñando la ciudad y los monumentos más emblemáticos. Al llegar, me dijeron que si quería volver al recinto, que sobre la una de la tarde ya me pasarían otra vez a recoger. Una vez allí el conserje me acompañó a donde estaban las habitaciones y me encontré una cancha de baloncesto completamente llena de camas, habiendo tres separaciones mediante lonas. Me coloqué en la central, deshice el bolso y me duché. Después estuve descansando algo en la cama y bajé sobre las doce y media. La señora que me había acompañado en el microbús me ofreció una manzana la cual acepté gustosamente. Estuvimos charlando hasta que uno de los voluntarios nos vino a recoger.

Cuando llegué pregunté dónde se encontraba el restaurante a unos voluntarios que estaban por allí. Me indicaron que tenía que bajar unas escaleras, pero no las encontré, salí otra vez y volví a preguntar, me indicaron por otro sitio que tenía que ir, pero no lo localicé; al final no pude comer algo más que un bocadillo y beber la lata de refresco. Llegó la hora, comenzaba mi trabajo como voluntario en el pabellón de Aragón.

Mi trabajo consistía en informar a la gente sobre los eventos culturales que se llevaban a cabo en dicho pabellón. Hacía un calor espantoso, pero gracias a los botellines de agua que otros compañeros nos traían de vez en cuando, se pudo soportar.

Sobre las cinco de la tarde, hubo una actuación de un grupo folklórico y después una degustación de productos gastronómicos aragoneses. ¡Qué vergüenza! la gente se agolpaba para ello ¡claro! como era gratis.

En aquel instante vino a visitarnos Mari Paz, una voluntaria muy

maja, que me propuso ser mi guía, durante mis veinte minutos de descanso. Casi me da un infarto, me enseñó la mayor parte de la Expo, y me regaló un libro del bicentenario de los Sitios de Zaragoza y lo más importante las diferentes entradas y salidas de la cantina.

Regresamos a nuestro puesto y estuvimos allí hasta las ocho de la tarde, cuando nuestro coordinador, viendo que los eventos de aquel día habían finalizado, nos permitió marcharnos.

Mari Paz me dijo que si quería dar otra vuelta, ella me enseñaría todo el recinto, acepté gustoso. Me enseñó la localización de los diferentes pabellones y el lugar donde al día siguiente tendría mi puesto hasta el final de la Expo. Como congeniamos bien nos dimos los números de nuestros móviles para quedar otro día y por si necesitaba cualquier cosa durante mi estancia en la ciudad.

Al regresar, nos estaban esperando para hacernos unas fotos con el grupo. Una vez hechas, me despedí de mis compañeros. Salí del recinto y fui a la consigna de voluntarios para que me diesen mi mochila, para poder cambiarme de ropa. Llamé a mis amigos Antonia y Vicen para comentarles como había sido mi primer día y una vez aseado volví a entrar en la Expo y me dirigí a la cantina para cenar.

Ya cansado de todo el día, me dirigí a la parada del bus, donde tenía que subirme al número ocho para regresar al “albergue”. Sobre las once y media de la noche llegué, me duché y para cama que al día siguiente, a las siete de la mañana tenía que levantarme e ir a desayunar ya que se nos convocó a todos los voluntarios a las ocho de la mañana.

El despertador del móvil, sonó a su hora. Me levanté sin hacer ruido, ya que mis compañeros de “habitación” estaban durmiendo. Una vez aseado y vestido con el uniforme, salí del pabellón y fui a la parada del bus. Tuve que esperar unos minutos, pero pude ver otra vez la Puerta del Carmen, una de las puertas de acceso a la ciudad y donde hacía 200 años habían luchado los defensores de Zaragoza contra las tropas napoleónicas.

Una vez dentro del bus, éste fue pasando por lugares que ya había visitado en mi última estancia. Lo más hermoso era para mí pasar al lado de la Basílica del Pilar, y ver aquellas magníficas cúpulas, cruzar el río Ebro y volverme a la memoria la famosa jota “el Ebro guarda silencio”.

El bus siguió su recorrido hasta llegar a la última parada, allí me baje y continué a pie el tramo que separaba la parada de la oficina de voluntarios y, ya que tenía unos minutos, llamé a mi amiga Antonia, la cual vendría a visitarme ese fin de semana.

Un vez que llegué a la oficina, pregunté a que hora era la reunión y me comentaron que sobre las ocho y veinte. Me fui corriendo a desayunar a la cafetería Siglo XXI que estaba muy cerca, pedí un café solo y un croissant. Engullí el desayuno y volví a toda prisa para no llegar tarde.

Una vez de vuelta, se nos convocó en la sala de reuniones. La coordinadora, María Rubio, se presentó y nos indicó los puestos que ocuparíamos. A mí me tocó con Rosa Chesa, la chica que había conocido el primer día en el centro de voluntariado, y con dos chicos más, Mario y José Ángel. Éramos los chicos de “dársenas” Ellos ya habían estado como voluntarios en otras fechas, en el mismo puesto, y ya conocían el trabajo. Nos indicaron las funciones y lo que teníamos que hacer.

Aunque parezca mentira, teníamos que parar al tráfico para permitir el paso de los visitantes de la Expo hacia la puerta de la Torre del Agua o, en el caso contrario, impedir el cruce de peatones por la salida de los autobuses de las diferentes excursiones o las lanzaderas, un tipo de buses especiales para ir a una de las tres puertas de acceso a la Expo.

Empezamos a las nueve menos cuarto, cuando el tráfico de buses comenzaba a ser más importante. Le pedíamos a la gente que parase y que esperase a que pasaran los autobuses. Fue un día productivo, ayudamos a bajar algunas sillas de bebés, a algunas personas con movilidad reducida le indicamos donde podían solicitar una silla de ruedas...

Sobre las diez y media me llamaron mis padres para saber qué tal

me iba. Ya le comenté lo que estaba haciendo, no se lo creían.

El lunes 8 de septiembre, en aquella explanada, a pleno sol era para morirse, y sobre todo con algunas personas que le indicábamos que no cruzasen pero ni caso, “se me va el grupo”, “es que no me puedo parar” y otras contestaciones que nos sorprendían a todos. Gracias que, sobre las doce, mi compañero Mario y yo nos fuimos a comer el bocata y descansar algo, después de aquella “dura jornada”.

A nuestro regreso la cosa ya se había calmado un poco, la afluencia de gente casi era nula y los andenes de los autobuses estaban vacíos, con lo cual María nos dio permiso para que nos fuésemos a la una y cuarto. Después de despedirme del resto de compañeros, me marché para cambiarme de ropa y asearme. El color de los zapatos, que era azul marino, ahora era blanco, debido a la cantidad de polvo que había en la explanada. Los limpié con un papel humedecido y para dentro de una bolsa y para la mochila, la cual volvía a dejar en la consigna para no ir cargando con ella.

Como no tenía mucha hambre, volví a dar una pequeña vuelta por la Expo, sobre todo en los pabellones que no había mucha cola, Bélgica, donde me regalaron unas galletas, Dinamarca, que me esperaba algo mejor, y nuestro país hermano Portugal, con referencias a los ríos que tenemos en común, Miño, Duero, Tajo y Guadiana, a su gestión de recursos hídricos y como no a sus afamados vinos de Oporto y de Madeira.

Alrededor de las dos y media, el estómago, ya me estaba rugiendo y, para calmarlo, me fui a la cantina. Después de comer, volví a dar una vuelta por los diferentes pabellones, Asturias, con ejemplos de sus bosques, Canarias, con su fauna y flora y las desalinizadoras, Cataluña, con una impresionante colección de botellas de agua, Castilla y León, donde su pabellón estaba compuesto por gran cantidad de botellas de vino, el Árbol de los compromisos, el lugar dónde anteriormente me había tocado como voluntario. Sobre las cinco de la tarde, sonó mi móvil, era Mari Paz, que me invitaba al espectáculo del “hombre vertiente” a las once y cuarto de la noche y que sobre las diez de la noche estuviese en la puerta del pabellón de Aragón.

Seguí paseando y visitando pabellones, Suecia, desistí de Polonia por la larga cola y Libia. Nigeria e India eran un mercadillo ambulante, que vergüenza, ¿Dónde estaba la referencia sobre el agua?

Como tenía hambre salí del recito y me fui a buscar el bocata, una pieza de fruta y un botellín de agua al centro de voluntarios. Descansé un poco y volví para la Expo, a seguir visitándola, me fui a visitar el Iceberg, Aguas Extremas, el Faro... ¡y con el calor que estaba cayendo!

Estaba cansadísimo, y sobre todo cabreado, porque tenía que esperar a que el pabellón del colegio de la Compañía de María, abriese sus puertas a las once y media de la noche, pero mientras tanto me fui a la cantina a cenar, descasé algo y llamé a Vicen y a mi familia.

Como ya eran cerca de las nueve y media de la noche, marché de la cantina y me fui andando despacio hasta la puerta del pabellón de Aragón; en esto me sonó el teléfono, era Martín, que me comentó ¿qué tal por la Expo?, ¿qué tal los compañeros?. También me dijo que no sabía si podría venir. Le animé y le comenté que le comenté me habían dado dos entradas y que eran para él.

Sobre las diez y veinte llegó Mari Paz, me presentó a su marido y aún hubo tiempo de visitar el pabellón de Marruecos. Una vez acabado de visitar este pabellón nos fuimos a ver un concierto de música clásica a uno de los balcones. Luego como ya eran cerca de las once de la noche nos dirigimos a ver el espectáculo y mientras nos íbamos andando el marido y me comentó que habían estado por Galicia hacía un par de años y que les gustaría volver. A su vez le comente la posibilidad de ser voluntarios en la Tall Ships Atlantic Challenge de Vigo del año 2009.

Llegamos y Mari Paz había hablado con la coordinadora para poder entrar “free” ya que no teníamos entradas. Fue algo sorprendente, sobre todo la primera parte. La segunda parte fue algo aburrida y para mí sin sentido, pero en general estuvo muy bien.

Sobre las doce menos cuarto salimos y me acompañaron hasta el

pabellón de España, allí nos despedimos hasta otro día.

Cuando ya iba para la parada del bus vi una enorme cola de gente esperando los Expo buses. Perdí uno pero ya era uno de los primeros para el siguiente autobús. Ese día llegué al “albergue” sobre las doce y media pasadas. Con lo cansado que estaba solo me apetecía tirarme en cama, pero antes de eso me duché para quedar más relajado.

Otra vez imparable el despertador sonó a su hora y, otra vez, la rutina, pero gracias que la coordinadora nos dijo que el resto de días teníamos que estar en nuestros puestos a las nueve de la mañana, eso me dejaba margen para ducharme y desayunar con tranquilidad.

Antes de las nueve, ya estaba allí y, junto con mis compañeros, nos fuimos para nuestro puesto y como el día anterior a “regular el tráfico de personas y automóviles”. Gracias a Mario que con sus chistes nos amenizaba el trabajo y ¿cómo no? las llamadas de los amigos.

La gente nos preguntaba sobre el precio del telecabina, si el telecabina paraba dentro del recinto de la Expo, si era ida y vuelta el billete que habían adquirido y nosotros muy amablemente les respondíamos a sus preguntas.

También hacíamos apuestas y yo les decía a mis compañeros de “dársenas” si la gente de las excursiones era gallega o no. Me preguntan como lo sabía y les respondía que por la forma de llevar las señoras el bolso, y cuando pasaban por nuestro lado y hablaban entre ellos, me decían “¿cómo conoces a tus paisanos!”.

Entre risas y bromas, fue pasando la mañana del martes 9 de Septiembre. Llegó la una y cuarto de la tarde y nuestro coordinador nos dijo que nos podíamos marchar.

Ese día Mario tenía que coger un autobús urbano a medio camino de nuestro puesto y la oficina del voluntariado, lo acompañé un poco hasta la parada y proseguí mi camino. Una vez llegué a mi

destino, fui a consigna y pedí mi mochila. Solamente llevaba tres días allí y ya sabían que era la mochila negra con cordones rojos.

Me fijé en los zapatos y pensé “¡están todos llenos de mierda! por culpa de la tierra seca. No me importó demasiado, ya que los limpié a conciencia.

Como hacía bastante calor, decidí llevarme dos botellines de agua en la bolsa que nos habían dado a cada voluntario.

Dejé la mochila en la consigna y me dirigí a las puertas de acceso para el personal. Me hicieron pasar la bolsa por el scanner y sacar todos los objetos de metal que llevase encima ya que también pasaba por un arco de seguridad. Toda y cada una de las veces que entraba al recinto de la Expo, que fueron más de veinte veces, tenía que hacer el mismo ritual.

Ese día ya fui directamente para el pabellón de Italia que en ese momento no tenía mucha afluencia de gente. Fue uno de los pabellones que más me gustaron hasta ese momento. El pabellón de Bélgica, a mi entender, había captado la esencia de la exposición, recreando un bosque cubierto de niebla, las actuaciones en sus ríos y acuíferos...

Antes de ir a comer, decidí visitar el pabellón del Principado de Mónaco, después de estar un cuarto de hora aguardando, por fin entré. A los visitantes se nos torturaba con un video, cuya duración era de tres minutos, durante otro cuarto de hora. Al fin se nos invitaba a pasar y me vi con un pequeño estanque en el que desde una pantalla se podían dibujar los objetos o figuras que uno quería y se pasaban a dicho estanque. Pensé para mí, al salir del pabellón, “he perdido casi una hora en esto”. Acto seguido me fui a la cantina a comer.

Después de descansar, seguí mi periplo por el recinto, volví al pabellón de Suecia del que había quedado encantado, aunque a alguno de mis compañeros le hubiese parecido una pequeña recreación de Ikea.

Seguí caminando y llegué al pabellón de Nepal, en su fachada, se encontraban unos cilindros que los visitantes hacían girar y cada giro representaba una oración. Entré en su pabellón pero era otro mercadillo. Es cierto el refrán “las apariencias engañan”, muy bonito por fuera pero por dentro vacío de contenido.

Saqué el mapa del recinto y me decanté por unos pabellones cuyos países había visitado. Austria, Suiza y Andorra. En el pabellón austriaco, me vino a la mente la ciudad de Innsbruck con sus hermosas montañas y a los pies de ellas, la capital del Tirol. Había una representación de un vals. Este se representaba en una de las típicas bolas de cristal, que en su interior, contienen “nieve”.

En el pabellón suizo, se me obsequió con mi primer pin. En el de Andorra, me fue imposible entrar, la gente se agolpaba porque cada día regalaban cosas diferentes.

El sol pegaba con todas sus fuerzas, y bebí una gran cantidad de agua.

Como estaba muy cansado decidí regresar para el albergue y descansar un poco. Antes me pasé por la Basílica del Pilar y de camino, en la Plaza de España Paseo de la Independencia, me encontré con el final de la décima etapa de la Vuelta Ciclista a España 2008. Estuve descansado cerca de una hora. Regresé a la Expo y decidí volver sobre mis pasos y visitar los pabellones de Naciones Unidas y de la Unión Europea. Es increíble, unos pabellones en los que se hace alusión al agua y estaban desiertos.

Como ya estaba agotado, casi eran las nueve de la noche, después de haber caminado casi cinco horas, me fui a la cantina a cenar tranquilamente.

Una vez que descansé, fui a ver el espectáculo de Iceberg para hacer tiempo antes de volver para el pabellón, pero a las once menos veinte; cogí el bus a las once de la noche el conserje abrió las puertas y entré, me duché y a las once y media de la noche se apagaron las luces.

Otra vez como los días anteriores, la rutina llamaba a mi puerta. El

ceremonial se volvía a repetir, pero en el día en honor a Mercurio me depararía una doble sorpresa, una buena y una mala.

Al llegar para la reunión, sobre las nueve de la mañana, ya estaba nuestra coordinadora, lista para apuntar si alguien faltaba y para asignar los puestos a ocupar. María, en todo momento pendiente de nosotros, nos venía a visitar y nos llamaba por la radio a todos los voluntarios a su cargo. Nos avisó, sobre las once de la mañana, que habían llegado los bocadillos y que dos de nosotros nos fuésemos a descansar. Fuimos José Ángel y yo, mientras que Mario quedaba en el puesto y Rosa llevaba los bocadillos a nuestros compañeros del Pabellón Puente, a través de la telecabina.

Hacía un calor espantoso y Mario comentó: “esta tarde lloverá y si no llueve va a caer una buena tormenta de verano”. No le hice caso, pero más tarde me acordaría de lo que dijo. También estuvimos recordando el aniversario del 11S, ¿Dónde te encontrabas? ¿Qué estabas haciendo? Le comenté que ese día me encontraba en la estación del ferrocarril de Santiago de Compostela, comiendo un bocadillo y una manzana esperando el tren de regreso para Coruña, cuando sucedieron los atentados en EE.UU.

Sobre la una de la tarde regresó Rosa y a la una y media nos llamó María para que, si no había trabajo, nos fuésemos para ayudar a nuestros compañeros a repartir los programas del día a los visitantes.

Una vez finalizada mi jornada de trabajo y después de cambiarme de ropa, me fui directamente a la cantina, tenía bastante hambre.

Cuando terminé, ya ni descansé, me fui directamente al pabellón de Polonia que tenía muchas ganas de visitarlo. Casi no había gente haciendo cola. Esperé un cuarto de hora y entré; puedo decir que me encantó y, sobre todo, el magnífico documental sobre este país. Cuando terminó el documental, me paré a hablar con los chicos y chicas del pabellón, en polaco, increíble, pero cierto. Algo había aprendido debido a que me iba de vacaciones en Diciembre allí.

Al lado, estaba el pabellón de la Santa Sede, pero junto con los de

Rusia, Alemania, Francia, Eslovaquia, México y Kazajstán fueron de los pabellones que me fueron imposible visitar, por las interminables colas de dos horas hasta las cinco horas de Alemania. Por ello me decanté por los pabellones de: Camerún, Etiopía, Malí, Cabo Verde, Mozambique, Namibia, Níger, Senegal, Sudáfrica, Sudán, Tanzania, Yemen. Todos ellos mostraban productos artesanales de sus países. Aprovechando que tenía que llevar unos regalos para mi hermana y para Javi y Eva, me decidí por comprar artesanía de Costa de Marfil.

A continuación de este grupo de pabellones se encontraba el de Afganistán y el de Pakistán, que al igual que otros pabellones, no había por ninguna parte referencias al agua.

Como estaba muy cansado, decidí ir a descansar al albergue, pero al llegar allí, me encontré con la puerta cerrada y eso que de cuatro a siete de la tarde tendría que estar abierta. Entré por otra puerta, que estaba destinada a los alumnos del centro, me duché pues con el calor que hacía ese día estaba todo sudado; puse a cargar los móviles y me tumbé en cama.

Sobre las seis, me levanté y volví para la Expo para seguir viendo pabellones. Visité Filipinas, donde compré unos llaveros para Vicen y para mí, a Lituania, donde lo que más me gustó fue el laberinto de agua, Angola, que hacían referencia a la explotación de diamantes, y al pabellón de Chipre.

Antes de ir a la cantina para cenar, volví al pabellón del ayuntamiento de Zaragoza a solicitar otros libros sobre el Bicentenario, para luego regalar a mis amigos. Cuando estaba cenando, me sonó el móvil, era Mari Paz, que me invitaba a un concierto de campanas en la Plaza del Pilar a las diez de la noche. ¡Qué grata sorpresa!, el día no podría finalizar mejor. Pero había hablado con mucha antelación.

Aún me dio tiempo de ir hasta la Torre del Agua y ver el espectáculo que la naturaleza me ofrecía, una tormenta de verano. Salí del recinto, cogí el bus que me dejaría al lado de la Plaza del Pilar y la tormenta cada vez va a más. Me bajé del bus y me dirigí al encuentro de mi compañera. Pero el tiempo empeoró. Cayó un aguacero, con truenos y relámpagos sobre Zaragoza que tuve que

buscar refugio como fuese. Estaba completamente empapado, cansado y no había encontrado, todavía a mi amiga. Cuando, cesó la tormenta, se reanudó el concierto que finalizó con los famosos tambores de Calanda.

Después de mucho buscar, me encontré con mi amiga, su marido y unos amigos de ambos y nos fuimos a tomar algo por ahí. Fue la última vez que vi a Mari Paz.

Al regresar al colegio, sobre las once y cuarto de la noche, estaba en la cama de al lado un chico de 17 años de Palma de Mallorca y nos pusimos a hablar sobre viajes. Me comentó que había estado casi un mes Australia, quince días en Canada... y así hasta la una de la madrugada.

El jueves 12 de septiembre me encontraba en el Ecuador de mi estancia como voluntario. Ya habían pasado 4 días y me quedaban otros cuatro. Hoy sería el último día de María como nuestra coordinadora, al día siguiente vendría nuestro nuevo coordinador, Antonio.

También, en la reunión que teníamos cada día, se fijó que sobre las dos y media de la tarde, nos reuniésemos los que quisiésemos en la cantina para comer todos juntos.

Ese día, había hablado con María para pedirle permiso, si podía subir a la telecabina y así llevar los bocadillos al resto de voluntarios.

Cuando estuvimos en nuestro puesto, le comenté a mis compañeros la mojadura que había pillado el día anterior y que ni en Galicia había visto llover de semejante forma.

Sobre las once, tuve que ir a recoger los bocadillos y luego ir hasta la telecabina. Desde allí arriba se podía apreciar todo el recinto de la Expo, los pabellones de los países participantes, el Anfiteatro y dos de edificios principales la Torre del Agua y el Pabellón Puente, el cual fue diseñado por la arquitecta británico-iraquí Zaha Hadid. Conectaba la orilla derecha del río con el recinto de la Expo. Su

planta tenía forma de gladiolo y alojaba salas de exposición sobre la gestión sostenible del agua.

Una vez que llegué al final del recorrido, entregué los bocadillos y mientras mis compañeros fueron a comérselos yo estuve entregando planos de la Expo y los programas de los actos del día. Ese día estuvo invitado Mijaíl Gorvachov, el que fuera Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética y presidente ejecutivo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Cuando ya habían terminado de comer, regresé de nuevo a la telecabina, estaba vez acompañado de un matrimonio alemán y otro español y aproveché para llamar a mi casa. Cuando finalicé de hablar con mi madre, el señor me habló y me preguntó de dónde era, él era gallego de la provincia de Lugo.

Al bajarnos de la telecabina, nos despedimos y yo regresé a mi puesto en “dársenas”. Como no había comido el bocata y Mario tampoco, ya que me estaba esperando, nos pusimos en una mesa debajo de una sombrilla, ya era un día terriblemente caluroso.

A las doce y media vino María a ver qué tal todo y me entregó para que se lo diese a mi sobrina una “Mariquita Pérez”.

Una vez finalizada la jornada de trabajo, volví al centro de voluntarios a cambiarme de ropa. Tal como habíamos quedado, nos encontramos en la cantina, comimos todos juntos, hicimos fotos, lo pasamos genial.

Después de comer había quedado con mi compañero de dársenas José Ángel, que también asistió a la comida, para dar una vuelta por la Expo. Fuimos a ver los pabellones de Argentina, Brasil, donde conseguí otro pin y donde pude hablar en portugués; Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Perú, República Dominicana y Venezuela. Fueron unos de los mejores, en conjunto, que habían captado la idea fundamental de la Expo, el agua.

A las cinco de la tarde, como hacía mucho calor y estábamos cansados, nos fuimos a la cantina para tomar unas cervezas. Una hora más tarde había quedado con su mujer.

Antes de quedar con su mujer, fuimos a visitar el pabellón de Correos y luego las terrazas superiores, desde allí se podía divisar la ciudad de Zaragoza. Me preguntó si había visitado el Palacio de la Aljafería, sede del Gobierno de Aragón, y le dije que si, que en el año 2006 la había visitado y que había sido la primera vez que veía arte islámico. En esto, le sonó el móvil, era su mujer. Fuimos a su encuentro y nos presentó. Como no podían asistir a la sesión de las siete de la tarde al pabellón de España, me regalaron una entrada.

Un cuarto de hora antes de las siete, me puse en la fila para entrar. A las siete en punto abrieron las puertas. Durante casi hora y media estuve visitando el pabellón. En la tienda del pabellón, le compré un silbato a mi sobrina.

Como ya eran cerca de las nueve de la noche me fui a cenar y a descansar un rato. Mientras cenaba me llamó Martín para comentarme que al día siguiente llegaba sobre las dos y media de la tarde.

Antes de que cerraran los pabellones, fui a visitar los de las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla. A las diez y media, después de ver un poco el espectáculo del Iceberg, regresé para el pabellón, estaba muerto, ya no podía más con mi alma.

Al llegar estaban por allí unas chicas, que me dijeron si me apetecía ir a dar una vuelta por Zaragoza, les dije que estaba muy cansado, ellas me dijeron que si quería, al día siguiente podíamos quedar.

Me acosté temprano aunque todavía no habían apagado las luces del pabellón y era imposible dormir.

Como todos los días teníamos reunión antes de ir a nuestros puestos. Antes de asistir a la reunión, me tuve que ir al centro de voluntarios porque se me habían olvidado las entradas en el colegio y las necesitaba ya que venía Martín.

Entré y tuve que esperar, ya que estaban atendiendo a otros voluntarios. Cuando me tocó mi turno, le comenté que necesitaba dos entradas, porque venía un amigo de Coruña y se me habían

olvidado en el colegio Compañía de María y que como garantía le dejaba mi carné de conducir. Dicha persona me dijo cómo podía estar segura de que se las iba a devolver, en un tono fuerte e intimidatorio. Le volví a repetir que le dejaba ni carné de conducir y que al día siguiente se las devolvía. Me hizo una fotocopia del carné y me las dio con una serie de amenazas.

Hoy era el día en que vino el nuevo coordinador. Antonio, nos volvió a confiar en nuestros puestos a los chicos de dárseñas. Estuve hablando con Javier, un señor de Zaragoza, el cual me comentó que su hermano había estado ingresado en el Hospital Marítimo de Oza de mi ciudad.

También mis compañeros y yo estuvimos hablando sobre si habíamos recibido un mensaje en el móvil, diciéndonos que fuésemos por el centro de voluntarios a recoger otra ropa, para dar mejor imagen. Les comenté que había recibido el mensaje y que había ido a por dos pares de calcetines y un par de camisetas ya que después de la tromba de agua caída el miércoles, los calcetines estaban empapados y todos desteñidos. Tuve que escuchar por parte de uno de mis compañeros, si no había posibilidad de lavar la ropa en el pabellón, si no había lavadora, y que tenía cara de haber ido a coger esa ropa. Le respondí que en el pabellón donde me encontraba alojado éramos 75 personas, que no había sitio para colgar la ropa y que no llevaría puestos una camiseta y unos calcetines sudados día tras día, ya que solamente me habían dado dos camisetas y dos pares de calcetines para ocho días. Me respondió que él se lavaba la ropa todos los días y que a la mañana siguientes ya se la volvía a poner, y me dijo “¡cómo se nota que no fuiste a la mili!”. Sinceramente, esos comentarios me parecieron inapropiados.

Algunos de mis compañeros, me “defendieron” diciendo que era lógico lo que había dicho y que no tenía razón al “atacarme” de esa forma.

Los chicos de dárseñas, volvimos a nuestros puestos y ya con nuestros chalecos reflectantes reglamentarios.

Como me dio un ataque de tos, Mario me comentó que por su

padre, que hacía un par de años había fallecido y que, como ahora su hermano, se dedicaba a obtener la esencia de espliego, sabía que poniendo unas gotas de dicha esencia debajo de las fosas nasales, aliviaba el catarro.

Continuamos con el trabajo, entonces sonó mi móvil, era Vicen, teníamos bastante trabajo, ya que era el último fin de semana de la Expo y los organizadores, calculaban una afluencia masiva. En esto que tuvimos que “retener” a un grupo de gente. Una señora, sin atender a razones, cruzó sin nuestro permiso e increpándonos; le respondí “si quiere suicidarse es su problema y que ese era mi cometido, velar por la seguridad de los visitantes”. Ese caso es uno de algunos que nos habían ocurrido anteriormente.

A Mario, un señor, con dificultad de movilidad y que se saltó nuestro control habiendo bastante tráfico de autobuses. El señor le contestó “primero los peatones y luego los coches”. Otros que perdían el grupo con el que iban. Otros cruzaban con sillas de bebes, a nosotros nos parecía increíble la actitud de la gente. Otros andaban por la calzada.... y otras anécdotas.

Lo que me quedé sorprendido fue un día sobre las once y media que mi compañero José Ángel me llamó y me presentó a unas señoras que eran de Coruña y por muy increíble que parezca vivía en la calle Padre Sarmiento, al lado de mi casa.

Sobre las once menos cuarto vino a “visitarnos” Antonio, para saber si había habido alguna incidencia. Le comenté si podía salir sobre la una de la tarde ya que llegaba un amigo de Coruña. No me puso ningún inconveniente.

En ese momento llegó la furgoneta que traía los bocadillos. Hoy le tocaba el turno a José Ángel de llevar los bocadillos a nuestros compañeros de la Puerta Pabellón Puente.

Aquel día Rosa y Mario fueron a comer antes los bocadillos, ya que no tenían hambre. Entonces me quedé yo encargado de la dársena. No hubo problemas. Luego cuando volvieron me tocó mi turno y me fui para la mesa que habíamos montado días atrás. Nos había

tocado bocadillo de salchichón y una naranja. Como no tenía una navaja a mano ni un cuchillo, fui al bar de la telecabina a pedir un cuchillo. Me dieron un cuchillo de plástico.

Cerca de las doce y media, la afluencia de gente era muy poca y ese día ya estaba deseoso de terminar, porque necesitaba el tiempo, cambiarme de ropa, comer e ir con tiempo a buscar a Martín a la estación de Delicias.

A la una y cuarto, me despedí de mis compañeros y fui corriendo a la oficina del voluntario. En consigna, solicité mi mochila, la cual ya conocían, por mis idas y venidas, me aisé, y me cambié de ropa. Antes de salir, cogí dos bolsas que contenían cada una, su bocadillo, su pieza de fruta y su botellín de agua. Todo ello lo guardé en mi bolsa. Volví a dejar mi mochila en consigna y me marché a toda prisa para comer.

Al llegar a la cantina, no había casi nadie, y fui uno de los primeros en pedir. Ese día no tuve tiempo de pararme a descansar, el tiempo pasaba. Crucé por el pabellón Puente, salí del recinto de la Expo y ya estaba delante de mí, Delicias, recordando que hacía seis días me había acogido y que dentro de tres días partiría de ella de nuevo para mi hogar.

Había llegado con cierto adelanto, y aún estuve visitando, otra vez, los Legos que había visto, también cogí unos caramelos que ofrecía Adif.

Sobre las dos y veinte, con unos minutos de retraso llegó el TRD procedente de Valencia Nord.

Al llegar a la planta primera, ya que no se puede esperar a los viajeros en los andenes, nos dimos un abrazo y me dijo que tenía ganas de ir al baño. Le acompañé hasta ellos y una vez que salió nos dirigimos a la parada del bus para ir a su alojamiento. Había alquilado una habitación cerca de la calle Condes de Aragón, a unos diez minutos andando desde mi alojamiento.

Cuando llegamos eran exactamente las tres de la tarde. Se cambió y comió uno de los bocadillos. Después fuimos andando ya que

tenía ganas de conocer la ciudad y le fui enseñando lo poco que sabía de Zaragoza y la primera parada fue la Puerta del Carmen, le estuve explicando un poco de la Historia de los Sitios y que ella durante la guerra de los sitios (1808-1809) la puerta sirvió de bastión a la resistencia aragonesa quedando las huellas de los proyectiles todavía visibles en su estructura.

Fuimos andando por la Avenida de Cesar Augusto y nos paramos en Galerías Primero para comprar algo de comer, algún regalo para mi sobrina y la rica secallona. Volvimos a la avenida y más abajo nos encontramos con el Mercado Central, en ese momento me sonó el móvil, era Sergio, me llamaba para decirme que había llegado y que como estaba cansado no iba a salir, pero ya quedamos para el día siguiente. Un poco más adelante nos encontramos las ruinas de la muralla romana, acto seguido entramos en la plaza del Pilar, sacamos unas fotos y entramos en la Basílica del Pilar.

Después salimos y le enseñé el Puente de Piedra y estuvimos en la orilla del Ebro. Cruzamos el Puente de Santiago, ahora ya entiendo lo que me había comentado Mari Paz mi amiga Mari Paz, aragonesa, que a los zaragozanos se les llamaban "chepudos o cheposos" debido a su problemática relación con el viento. Cuando el Cierzo fuerte y seco, frío y violento, soplaba con ganas en Zaragoza, muchos días al año según parece, la gente no tenía más remedio que caminar empleando una energía extra para superar a ese antipático elemento primigenio de la naturaleza. Para ello, lo natural era adoptar una postura rígida, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo o del pantalón y el tronco arqueado hacia adelante, con la cabeza haciendo de ariete para que pudiesen abrirse paso ante un adverso poder invisible.

Seguimos andando por la Avenida de Ranillas y accedimos por la Puerta del Ebro. El primer pabellón que visitamos fue el de Galicia, que tenía cubos de cristal, en cuyo interior había agua recogida de diversas fuentes, ríos y del mar de toda la geografía gallega y donde nos dieron otro pin. Después visitamos los pabellones de Canarias, Castilla y León, Asturias, donde nos dieron otro pin, País Vasco... Entre los voluntarios parecía que había una competición por haber quien tenía más de estos recuerdos.

Antes de ir a cenar, salí del recinto, volví a la oficina para coger otro par de bocadillos. Regresé y en el control ya me dijeron, “¡mucho hambre!”. Se los fui a llevar a Martín y me fui a cenar, en diez minutos ya estaba de vuelta.

Descansamos algo y seguimos viendo otros pabellones para aprovechar el día. Lituania, Filipinas, Pakistán, Qatar, donde nos dieron dátiles, Camerún, Etiopía, Malí, Cabo Verde, Mozambique, Namibia, Níger, Kenia, Senegal, Sudáfrica, Sudán, Tanzania, Yemen.... fueron algunos de los que visitamos aquel día. Antes de irnos paramos en Oikos, agua y energía, dedicado a la depuración del agua y como fuente de energía.

Como todos los días a las diez de la noche, había el espectáculo del Iceberg, nos quedamos unos veinte minutos viéndolo antes de regresar.

Fuimos hasta mi alojamiento a cambiarme de ropa para salir de marcha. Martín ya traía bien aprendido los sitios así como el nombre de las calles donde se encontraban. Como ambos estábamos sumamente cansados regresamos a nuestras “casas”, me acompañó un rato y ya se volvió.

Llegué sobre las dos de la madrugada, olía la ropa a tabaco que apestaba. Me fui a duchar y para cama que mañana me tocaba trabajar y disfrutar de otro día en compañía de Martín y de Antonia que venía expresamente de Madrid para verme.

Me levanté con un cansancio y un sueño que ya no podía con mi alma y aún me quedaba todo ese día y el domingo y solo con pensar que a las doce y cinco de la noche del día 15 de Septiembre tenía que subirme otra vez al tren “Estrella Galicia” me daban escalofríos.

Antes de ir a mi puesto tuve que pasar por el centro de voluntarios a entregar las dos entradas que había solicitado el día anterior. No estaba la señora que me había atendido. Se las devolví a su compañera, a la cual expliqué lo sucedido. Me fui a desayunar, pero para quedarme más tranquilo volví a la oficina a solicitar un justificante de la entrega.

Pero no era momento de lamentaciones. Al llegar a mi puesto, a las nueve menos cuartos, ya había algunos voluntarios, comentando que en el día de ayer había habido un problema entre nuestro coordinador y una persona contratada por la organización, que decía que nosotros, los voluntarios, éramos incompetentes y vagos. Por lo que dijo esta persona, nuestro coordinador, Antonio, renunció.

Ante estos hechos, se nos asignó a otro coordinador. Nuestra nueva coordinadora llegó sobre las nueve y cinco y pasó lista para conocer nuestros nombres y repartir el trabajo. A Mario, Rosa y a mí nos tocó en el mismo puesto. Los tres mosqueteros, ya que José ángel no pudo venir, volvimos al trabajo, a regular el tráfico.

Ese día hubo una gran afluencia de gente y más se esperaba al día siguiente para la clausura. No paramos de trabajar. Pero aún hubo tiempo para comentar la incidencia de nuestro coordinador y de reírnos un poco con nuestra mascota, un peluche de un ratón gigante, que algún niño lo había perdido. Lo colocamos en la barandilla y la gente que pasaba se asustaba. Nosotros nos moríamos de la risa.

Antonia me llamó diciéndome que había llegado y que ya estaba acomodada y me preguntó sobre a qué hora se podría pasar. Le comenté que sobre las dos y media, tres de la tarde, que sobre a esa hora había quedado con Martín.

Como si fuese una repetición del día anterior, sobre la una y cuarto, me fui, había acabado y le pedí el correspondiente permiso a la nueva coordinadora. Fui corriendo a la oficina del voluntario me aseé, y me cambié de ropa, limpié por enésima vez mis zapatos y dejé mi mochila en consigna y me marché a toda prisa para la cantina.

Llamé a Martín, pero el teléfono lo tenía apagado, volví a insistir, descolgó y me dijo que ya estaba de camino. Hice una perdida a Antonia, ella estaba comiendo y me dijo que ya venía en media hora.

Sobre las tres de la tarde ya estábamos todos y me dispuse a ser

su guía particular. Como conocía bien los pabellones más interesantes, nos fuimos a Bélgica, Dinamarca, China, Suecia, Filipinas, Islas Salomón, Palaos, Timor Oriental, Tonga, Vanuatu Libia, donde me hice una foto con el coronel Gadafi y recuerdo que a Antonia le encantó los paneles explicativos del pabellón sobre la conducción del agua por el desierto. Después Italia, Suecia, Polonia, para ver, por segunda vez, su magnífico documental, que se puede ver en los siguientes enlaces:

(http://www.youtube.com/watch?v=X_YU6lwChB8.<http://www.youtube.com/watch?v=5qtUwnkF-rA&feature=related>). En verdad os lo recomiendo ver.

Después nos fuimos a ver los pabellones de: Argentina, donde visionamos otro magnífico documental y donde nos obsequiaron con una camiseta y una bolsa; Brasil, Costa Rica, Colombia, donde ofrecían una degustación de café y, como era gratuita, había una gran cola de gente esperando. Luego Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Perú, República Dominicana y Venezuela.

Una vez finalizado este periplo, nos fuimos a ver los pabellones de los países del caribe: Antigua y Barbuda, Bahamas, Barbados, Dominica, Jamaica, San Vicente y las Granadinas, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía, Surinam y Trinidad y Tobago, en cuyo pabellón Antonia nos obsequió con una pequeña botella de ron.

Después fuimos a visitar el pabellón de Croacia, Holanda, ambos con magníficos documentales y un recuerdo de un botellín de agua en el pabellón de Croacia; Turquía, donde me dieron una guía turística en CD de su país; Austria, Malta, Chipre, India, Angola, Hungría, donde pudimos ver los famosos vinos Tokaji, era el vino procedente de la región de Tokaj en el Reino de Hungría y es frecuentemente descrito como el vino más valioso del mundo.

Después de todo esto estaba reventado. Ellos también lo estaban y como ya había abierto la cantina les comenté que yo iba a cenar, pero que antes iba a buscarles unos bocadillos y unas piezas de fruta y, como no, unos botellines de agua. Me esperaban en unos bancos al lado del pabellón de Qatar. Yo me fui a cenar. Antes de regresar con ellos volví al pabellón del ayuntamiento de Zaragoza para adquirir un ejemplar del libro *Bicentenario de los Sitios*, para

Antonia, al igual que el día anterior había hecho con Martín. Para finalizar la jornada nos fuimos a subir por la Torre del Agua, esto sobre las diez de la noche.

La Torre del Agua de 76 metros de altura acogía la exposición "Agua para la vida". Después de escuchar las explicaciones por megafonía, subimos la torre por una rampa de 1200 metros. Gracias que en algunas plantas de la torre había unos sofás muy cómodos para descansar, ya que mis rodillas ya no soportaban más trajín. Al llegar a la cima, hicimos unas fotos de recuerdo y Antonia compró una gorra en una tienda de souvenirs. Descansamos algo y por megafonía se nos anunció que en quince minutos cerrarían las puertas, así que a correr.

Una vez que habíamos salido de la Torre, decidimos salir del recinto de la Expo e irnos a tomar algo. También habíamos quedado con Sergio, ya que estaba de vacaciones, en la Puerta del Carmen sobre las once y media de la noche, pero antes fui a cambiarme de ropa al pabellón. Bajé llevando conmigo el detalle para los padres de Sergio.

Ya estábamos los cuatro. Y propuse ir a un Pub "The Guinness House", en la Avenida Cesar Augusto, ya que me había comentado Mario, que allí, a los voluntarios de la Expo, se les hacía un descuento en las bebidas consumidas. ¡Cómo no! nos bebimos cada uno nuestra pinta de cerveza, salvo Martín que no le gusta.

Allí estuvimos hasta de la una de la madrugada. Después Sergio nos llevó a otro pub y allí tomamos unos chupitos y de allí Martín sugirió que tenía interés en volver a los locales que habíamos visitado la noche anterior. Así fue, estuvimos de marcha hasta las tres de la madrugada.

Cuando finalizamos la "marcha" por Zaragoza, fuimos en taxi a acompañar a Antonia hasta su hotel, en la Plaza del Pilar, luego me bajé yo y me despedí de Martín y de Sergio.

Al llegar al pabellón, me dí cuenta de que la ropa apestaba a tabaco, la dejé sobre la cama y me fui a duchar. Ya me quedaba

solo un día como voluntario.

El domingo 14 de septiembre llegó y con él el último día de la Expo, el último día como voluntario, sinceramente me daba pena finalizar mi estancia allí. Después de ducharme, hice el bolso, recogí mi taquilla y revisé si me dejaba algo. Me marché cargado como un burro, cogí el Expo Bus número 8 llamé Antonia y le comenté si podía dejar el bolso en su hotel, ella me contestó que sí y fui arrastrando el bolso por la Plaza del Pilar y me despedí. Al llegar a la oficina de voluntarios ya “descargué”, por última vez la mochila en la consigna.

Ese día, después de la reunión matutina, nos fuimos cada uno para nuestros puestos, mis compañeros, salvo Rosa (que le había llegado una amiga de Alemania y había pedido el día) y yo nos fuimos para dársenas y allí estuvimos hasta las doce, cuando la afluencia de gente cesó y se nos dijo que si podíamos repartir en otros puestos. A mí se me asignó para ayudar con las sillas de ruedas, entregando una silla por peticionario.

Mario y José Ángel fueron como voluntarios para la Cabalgata del Sol. Cuando finalicé el turno nos hicimos unas fotos de despedida. Besos, abrazos, intercambio de direcciones postales, para enviarme una cinta de video con la entrevista que TVE en Aragón nos había hecho el viernes anterior y electrónicas y teléfonos. Una vez finalizada mi jornada fui a ver dicha cabalgata, ya estaba finalizando, pero lo que vi fue maravilloso.

Me recorrí el recinto con dirección a la salida del personal y me dio mucha pena terminar y alguna lagrimita salió de mis ojos.

Como siempre al llegar a la oficina de voluntarios, pedí mi mochila, me cambié y me despedí de la señora de la consigna y le dí las gracias por su amabilidad.

Acto seguido me fui a comer por última vez a la cantina y, cómo no, a pasar por el control de seguridad, ese día algo más exhaustivo por la visita de SS. MM. los Reyes de España, para la ceremonia de Clausura de la Exposición Internacional.

Llegué a la cantina, aguardé mi turno, elegí del menú lo que me apetecía comer ese día y, cuando voy a pagar con mi credencial, me dicen que no tengo crédito, que me había caducado. Me informaron que si quería reclamar fuese al centro de voluntarios a presentar una queja. Pagué la comida, no me quedaba otra, pero el momento de alegría vivido antes, se me tornó en enfado.

Una vez que descansé algo, salí por última vez del recito de la Expo y me dirigí a la parada del bus. Estaba el Expo bus número 8, lo cogí y me bajé al lado de las murallas romanas. Martín y Antonia me estaban esperando, comiendo tranquilamente en un restaurante de la Plaza del Pilar.

A Antonia le había hecho el encargo de comprarme un cachirulo de Teruel, en la tienda “el Torico”. También había comprado dos más, uno para ella y otro para Martín.

Al terminar de comer, fuimos a visitar por última vez la Basílica del Pilar y comprar algunas cintas más. Las cintas que eran un trozo de seda de unos 40 centímetros por 2,5 centímetros de ancho, en la que está impreso un dibujo geométrico equivalente a la altura de la Virgen, 36,5 centímetros.

Nos fuimos hasta el hotel donde había pasado su estancia Antonia, para recoger mi bolso, sus pertenencias y un regalo que me había traído, un mortero de mármol de Macael.

Avisamos a un taxi, pero tardó lo suficiente para habernos puesto bastante nerviosos, porque Martín tenía la salida de su tren en media hora. El taxista, nos informó que se habían cortado varias calles por culpa de la visita real y que había atascos por toda Zaragoza. Le pedimos que se diera prisa en llegar a la estación de Delicias. Llegamos cinco minutos antes de que partiera el tren con destino a Valencia Nord. Nos despedimos en el taxi y Martín salió corriendo hacia los andenes.

A Antonia aún le quedaba una hora y la aprovechamos hablando en una de las salas de espera de la estación. Un cuarto de hora antes, nos despedimos y ella bajó a los andenes.

Regresé para la sala de espera y aguardé por Sergio que, después de media hora, me vino a buscar con su hermano Jorge en el coche de este último.

Llegamos a su calle, Condes de Aragón, subimos al piso de los padres de Sergio para saludar a su familia y descansar un poco.

Después nos fuimos a cenar a un restaurante que conocía Sergio y pedimos una tabla de ibéricos, ya que me apetecía mucho comer un buen jamón bien curado. Al terminar de cenar, Sergio me propuso ir a ver los fuegos artificiales de la ceremonia de clausura.

Nos fuimos hasta el Hospital Clínico Universitario “Lozano Blesa”, a una de sus últimas plantas para poder, desde allí, ver una magnífica panorámica nocturna de la ciudad y, cómo no, los maravillosos fuegos artificiales.

A las diez y cuarto empezó el espectáculo pirotécnico que duró nada menos que cuarenta y cinco minutos. Indescriptible, fue la palabra que mejor los definiría.

Al término, sobre las once de la noche, regresamos a casa de Sergio y su padre, algo nervioso, nos llevó, con toda urgencia, hasta la estación intermodal de Delicias, ya que mi tren salía a las doce y media de la noche.

Llegamos sobre las once cincuenta. Sergio me ayudó a llevar mis cosas hasta el control de seguridad. Allí nos despedimos hasta su regreso a Coruña.

Estuve esperando hasta que en los paneles informativos apareció el andén en donde quedaría situado el tren. Una vez anunciado su llegada, el control de seguridad me permitió bajar a los andenes, previo paso de mis pertenencias por el control de rayos X.

Cuando llegó el tren, fui corriendo a buscar mi vagón, el cual se encontraba en la cabecera del tren.

Subí, busqué mi asiento, coloqué mis cosas y me quedé profundamente dormido.

EPÍLOGO

Hoy finalizo de escribir este diario. Después de narrar mis nervios anteriores a que fuese admitido, después de ser admitido y, cómo no, mis experiencias en los ocho días que estuve de voluntario, me siento feliz de haber participado en dicho evento.

Os he contado esta historia, mi historia. A unos, que sean voluntarios, les habrán sucedido cosas parecidas, a otros les parecerá un cuento, pero lo que es cierto es que esto es lo que he vivido.

Al recordar esta experiencia, me vienen muchos momentos alegres y de gratitud a mis compañeros de grupo, a mis amigos que, con su presencia o desde su ausencia, siempre me apoyaron, porque lo que es cierto es que esos ocho días vividos en Zaragoza, me han enriquecido más como persona. Me he sentido como una pieza, aunque minúscula, dentro de una gran máquina que tenía que estar perfectamente coordinada y engrasada. He vuelto a vivir la experiencia de ser voluntario y la recomiendo. No solo por ver el evento en cuestión, sino por sentirse útil, vivo y de dar algo de ti a los demás.

Planeaba ya contar esta experiencia, para tener un recuerdo por escrito e imborrable, de un maravilloso recuerdo. Quizás nunca sepa cuánto cambió mi vida por haber escrito esta historia.

No tengo más que decir, salvo ¡¡¡GRACIAS!!!

Gracias por leer mi historia, gracias a mis compañeros de voluntariado, gracias a mis amigos y gracias a ti.

PRÓLOGO

Na miña opinión, calquera escrito ou narración que corresponda a unha historia real, sempre ten máis interese que calquera historia inventada, por moi fantástica que sexa e por moi ben escrita que estea.

Este pequeno libro é o testemuño dunha experiencia persoal que tivo unha persoa á que coñezo moi ben. É un moi bo compañeiro, moi bo amigo, moi bo profesional, moi bo fillo e, por encima de todo, un ser humano extraordinario. Sempre pendente dos demais, sempre intentando axudar ás persoas que o necesiten; por iso elixiu o traballo que realiza, por iso encántalle traballar de voluntario en grandes eventos, polo cal, á vez, contribúe a pór un gran de area na consecución do éxito destas celebracións que poden traer prestixio ao seu país.

É, tamén, un incansable viaxeiro; curioso por coñecer todos os países da súa contorna europea, de momento, co tempo, quizais, a súa fronteira ábrase a máis aló.

É para min unha gran satisfacción escribir estas liñas para introducir o seu escrito. Con elas quero darlles a vostedes a benvida á súa lectura e a él expresarlle a miña máis profundo agradecemento.

An. Ma. Caparrós. Abril 2009

DIARIO DUN VOLUNTARIO

Todo comezou un día de Xullo do 2007. Estaba vendo o telexornal da 1ª e vin a noticia que en Zaragoza se presentaban os uniformes dos voluntarios da Expo 2008. Pasóume pola cabeza que logo da experiencia do voluntariado que levei a cabo na miña cidade, con motivo da celebración do 50 aniversario da Tall Ship Race (antiga Cutty Sark), podíame presentar aquí tamén e decidín inscribirme ao día seguinte.

O venres, desde a biblioteca do Hospital, inscribinme e ao luns seguinte, recibín a confirmación dende o rexistro de voluntarios. Accedín á páxina e vin o temario de formación dos voluntarios e as preguntas sobre iso.

Como eran bastantes follas, decidín ir ese sábado toda a mañá á biblioteca do Hospital e imprimir o temario. Cincocentos folios...
Pensei ¡que barbaridade!

Todo o mes seguinte estívenme lendo o manual, teño que recoñecer, que algunhas das presentacións, eran un pouco aburridas. Tiña prása en lelo xa que o día 23 de Agosto acabábase o prazo para facer o exame online.

Contestei ás preguntas do exame e escribín unha pequena redacción, sobre o porqué gustaríame participar como voluntario en devandito evento. Unha vez confirmado que aprobara o exame enviáronme a documentación que debía presentar: datos persoais, dispoñibilidade horaria e o máis importante, o compromiso de adhesión. Remitinlla vía online e a través da Delegación de Goberno en Galicia, para así ter constancia de que non podía ser rexeitado.

Pero por fin o día 29 de agosto, recibín un correo electrónico confirmándome que fora inscrito como voluntario de Expo Zaragoza 2008. Aínda sendo incrédulo, pensei que ata que non me enviasen a confirmación, co meu horario, non mo crería.

Pasaron os meses, e un pouco desesperado, tal como son eu, chamei varias veces a voluntariado da Expo, para preguntar sobre a evolución da participación no evento e sobre todo para adquirir os billetes de tren máis baratos.

O día 8 de Xuño do 2008, faltaban 6 días para o comezo oficial da Exposición Internacional, recibín un correo electrónico, informándome da miña axenda como voluntario. Todo contento, abrín o arquivo adxunto, e vin que a axenda que me puxeron non correspondía cos días que pedira. Chamei a Expo Zaragoza e pasáronme cunha coordinadora, expliqueille que os días que me asignaron non eran os correctos e asignóume do domingo día 7 ao domingo 14 de setembro. Acto seguido comprei os billetes de tren, (verdadeiramente un coñazo viaxar no tren “Estrela Galicia”, quedábanme doce horas de viaxe de ida e outras doce de volta), que, grazas a Vicen, informoume que comprándoos por Internet, a través da páxina web de RENFE, sería máis económico e así o fixen, obtendo un desconto considerable.

Unha vez comprados os billetes soamente faltaba que chegase o gran día e, como sempre, todo gran día chegou.

O sábado día 6 de setembro ás seis da tarde chegou o momento. Na estación de San Cristóbal estaban para despedirme os meus pais e Vicen ¡Que ilusión que estivesen alí!

O tren comezou o seu lento camiñar, nunca mellor devandito, cara ao meu destino, Zaragoza.

No meu compartimento atopeime cunha moza que fixera un curso de inglés nun colexio de Coruña, era riojana. Estívome comentando que o pasou moi ben en Coruña, que coñecera a moita xente interesante na súa estancia...

Pasadas case tres horas desde nosa saía de Coruña, chegamos a Sarria, onde se encheu o compartimento de 8 prazas, foi atafegante, estar case dez horas encerrado alí con 7 persoas máis. Eran peregrinos que fixeran o camiño de Santiago e que volvían para a súa terra, Monzón. Unha xente moi entrañable e moi agradable no seu trato.

Estiveron contándome que era a súa primeira vez, pero non a última que visitarían Galicia, habíanlles en cantado, as súas xentes, as súas paisaxes, e sobre todo a súa gastronomía. Á súa vez, comenteilles, que me ía a Zaragoza de voluntario, que xa había estado naquela cidade un par de veces e que por parte do meu pai, os meus antepasados remotos, marcharan da provincia de Huesca, para asentarse na Costa da Morte.

O marido dunha das señoras que viaxaban no compartimento, sufría de claustrofobia e o pobre señor estivo toda a viaxe indo e vindo, baixar uns segundos nas paradas, sobre todo, o señor podería respirar máis en Monforte de Lemos, León... cuxas paradas eran mais longas.

Chegou a hora da cea, eu tiña preparados uns bocadillos de xamón granadino, ben curado, exquisitos, os comín con gran voracidade, xa que desde a comida non probara bocado.

Cada un dos restantes viaxeiros, comeu o que boamente puido, salvo a rioxana que só bebía de cando en vez uns pequenos sorbos de auga.

Despois, un intre charlando e logo a dar unhas cabezaditas, se é que se pode nese tren, que xa non existe.

Xa preto de Logroño, despedímonos da moza, a cal estaba contenta por regresar á súa casa.

Sobre as cinco ou cinco e media, non recordo ben, subiu ao tren un matrimonio cun fillo, pensei para min, pillar un tren a tal hora da madrugada, terían que haberse levantado sobre as catro, para ducharse, almorzar algo...

Xa se achegaba a hora crítica e ás seis e cinco da madrugada, xa chegara a Zaragoza. Esperábanme preto de dúas horas ata dirixirme ao centro de voluntarios, para recoller a miña credencial e que me desen aloxamento.

Aseeime algo nun dos lavabos de Zaragoza Delicias e senteime na sala de espera, paseei algo, vin que había uns Legos montados representando unha montaña, unha praia, unha casa... parecéronme curiosos e á vez instructivos xa que explicaban as fontes renovables existentes.

Estaba amencendo e presentíase que o día sería soleado. Veume á miña mente o que poderían estar facendo os habitantes daquela cidade naqueles momentos, as preocupacións e as alegrías, recórdoo ben porque me sentín lonxe de casa.

Pasou o tempo e saín da estación intermodal para pillarme un taxi. O taxista moi amable comentoume que só os vehículos autorizados poden acceder ao recinto da Expo. Explicoume que todos os días, ás once da mañá, realizábase un corte de tráfico xa que se izaba as bandeiras dos países que ese día tiñan asignado o seu "día

nacional” dentro do recinto. Unha vez chegado ao sitio, o taxista, sacou do maleteiro o meu bolso e a miña mochila, que viñan cargados ata os topes, cunha serie de agasallos para Sergio e os seus pais.

Por fin puiden localizar a oficina do voluntariado, vin as portas de acceso á Expo, e para as miñas adentros díxenme: "¡onde me metín! ¡Joe! que grande é isto, fixo que me perdo”.

Cheguei á o mostrador de información de voluntarios e informáronme de que tiña que recoller a credencial nunhas casetas situadas no exterior.

Saín e a 20 metros xa estaba ante a oficina de recollida de credenciais, era o primeiro xa que eran as oito e cuarto da mañá e aínda non chegaran todos os traballadores. Enchín unha ficha e fixéronme unha foto para a miña credencial que ma deu ao momento. Acto seguido pregunteilles se alí dábanme a roupa de voluntario e informáronme de que tiña que ir á oficina central do voluntario, que estaba enfronte; outra vez cargar coa mochila e o bolso, sen durmir, sen ducharme, sen almorzar, cansado... grazas que aínda tiña un bocadillo de reserva e unha lata de refresco.

O garda de seguridade abriume a porta e indicoume o mostrador ao que tiña que dirixirme. Había unha persoa que estaba sendo atendida e logo era a miña quenda. Deixei as miñas pertenzas nun recuncho, e funme ao mostrador, sentei-me e déronme para cubrir unha ficha cos meus datos, confirmóume o horario e déume a roupa, vales do almorzo, da comida e da cea, asignóume unha cama no pavillón do Colexio A Compañía de María preto da Porta do Carmen, no centro de Zaragoza, e regalóume un cartón de bus para desprazarme pola cidade.

Unha vez feito todo isto, funme a almorzar á cafetería Século XXI e chamei á miña casa e a Vicen para dicirlles que estaba perfectamente e que me ía a almorzar. Ao volver á oficina central vin a unha moza cubrindo os datos, cunha chea de bandeiras adhesivas pegadas á súa mochila e a que me chamou máis a atención era a de Islandia. Escoitei que tamén era voluntaria para telecabina e respirei, ¡por fin xa coñecía a alguén que ía no meu grupo!

Sobre as dez da mañá, uns voluntarios leváronme nun microbus, e

fóronme ensinando a cidade e os monumentos máis emblemáticos. Ao chegar, dixéronme que se quería volver ao recinto, que sobre a unha da tarde xa me pasarían outra vez a recoller. Unha vez alí o conserxe acompañoume onde estaban as habitacións e atopeime unha cancha de baloncesto completamente chea de camas, habendo tres separacións mediante lonas. Coloqueime na central, desfixen o bolso e ducheime.

Despois estiven descansando algo na cama e baixei sobre as doce e media. A señora que me acompañou no microbús ofreceume unha mazá a cal aceptei gustosamente. Estivemos charlando ata que un dos voluntarios veunos a recoller.

Cando cheguei preguntei onde se atopaba o restaurante a uns voluntarios que estaban por alí. Indicáronme que tiña que baixar unhas escaleiras, pero non as atopei, saín outra vez e volví preguntar, indicáronme por outro sitio que tiña que ir, pero non o localicei; ao final non puider comer algo máis que un bocadillo e beber a lata de refresco. Chegou a hora, comezaba o meu traballo como voluntario no pavillón de Aragón.

O meu traballo consistía en informar á xente sobre os eventos culturais que levaban a cabo en devandito pavillón. Facía unha calor espantosa, pero grazas aos botellines de auga que outros compañeiros traíannos de cando en vez, púidose soportar.

Sobre as cinco da tarde, houbo unha actuación dun grupo folklórico e despois unha degustación de produtos gastronómicos aragoneses. ¡Que vergoña! a xente apiñábase para iso ¡claro! como era gratis.

Naquel instante veu visitarnos Mari Paz, unha voluntaria moi simpática, que me propuxo ser o meu guía, durante os meus vinte minutos de descanso.

Case me dá un infarto, ensinoume a maior parte da Expo, e regaloume un libro do bicentenario dos Sitios de Zaragoza e o máis importante as diferentes entradas e saídas da cantina.

Regresamos ao noso posto e estivemos alí ata as oito da tarde, cando o noso coordinador, vendo que os eventos daquel día finalizaran, permitiunos marcharnos.

Mari Paz díxome que se quería dar outra volta, ela ensinaríame

todo o recinto, aceptei gustoso. Ensínome a localización dos diferentes pavillóns e o lugar onde ao día seguinte tería o meu posto ata o final da Expo. Como congeniamos ben nos demos os números dos nosos móbiles para quedar outro día e por se necesitaba calquera cousa durante a miña estancia na cidade.

Ao regresar, estábannos esperando para facernos unhas fotos co grupo. Unha vez feitas, despedínme dos meus compañeiros. Saín do recinto e fun a consigna de voluntarios para que me desen a miña mochila, para poder cambiarme de roupa. Chamei aos meus amigos Antonia e Vicen para comentarlles como fora o meu primeiro día e unha vez aseado volvíñ entrar na Expo e dirixínme á cantina para cear.

Xa cansado de todo o día, dirixínme á parada do bus, onde tiña que subirme ao número oito para regresar ao “albergue”. Sobre as once e media da noite cheguei, ducheime e para cama que ao día seguinte, ás sete da mañá tiña que levantarme e ir almorzar xa que se nos convocou a todos os voluntarios ás oito da mañá.

O espertador do móbil, soou á súa hora. Levanteime sen facer ruído, xa que os meus compañeiros de “habitación” estaban durmindo. Unha vez aseado e vestido co uniforme, saín do pavillón e fun á parada do bus. Tiven que esperar uns minutos, pero puíden ver outra vez a Porta do Carmen, unha das portas de acceso á cidade e onde facía 200 anos loitaran os defensores de Zaragoza contra as tropas napoleónicas.

Unha vez dentro do bus, este foi pasando por lugares que xa visitara na miña última estancia. O máis fermoso era para min pasar á beira da Basílica do Pilar, e ver aquelas magníficas cúpulas, cruzar o río Ebro e volverme á memoria a famosa xota “o Ebro garda silencio”.

O bus seguiu o seu percorrido ata chegar á última parada, alí báixeme e continuei a pé o tramo que separaba a parada da oficina de voluntarios e, xa que tiña uns minutos, chamei á miña amiga Antonia, a cal viría visitarme ese fin de semana.

Un vez que cheguei á oficina, preguntei a que hora era a reunión e comentáronme que sobre as oito e vinte. Funme correndo a almorzar á cafetería Século XXI que estaba moi preto, pedín un café só e un croissant. Engulín o almorzo e volvíñ a fume de carozo para non chegar tarde.

Unha vez de volta, convocóullenos na sala de reunións. A coordinadora, María Rubio, presentouse e indicounos os postos que ocuparíamos. A min tocoume con Rosa Chesa, a moza que coñecera o primeiro día no centro de voluntariado, e con dous mozos máis, Mario e Xosé Anxo. Eramos os mozos de “dársenas” Eles xa habían estado como voluntarios noutras datas, no mesmo posto, e xa coñecían o traballo. Indicáronnos as funcións e o que tiñamos que facer.

Aínda que pareza mentira, tiñamos que parar ao tráfico para permitir o paso dos visitantes da Expo cara á porta da Torre da Auga ou, no caso contrario, impedir o cruzamento de peóns pola saída dos autobuses das diferentes excursións ou as lanzadeiras, un tipo de buses especiais para ir a unha das tres portas de acceso á Expo.

Empezamos ás nove menos cuarto, cando o tráfico de buses comezaba a ser máis importante. Pedíámoslle á xente que parase e que esperase a que pasasen os autobuses. Foi un día produtivo, axudamos a baixar algunhas cadeiras de bebés, a algunhas persoas con mobilidade reducida indicámoslle onde podían solicitar unha cadeira de rodas...

Sobre as dez e media chamáronme os meus pais para saber que tal me ía. Xa lle comentei o que estaba facendo, non mo crían.

O luns 8 de setembro, naquela chaira, a pleno sol era para morrerse, e sobre todo con algunhas persoas que lle indicabamos que non cruzasen pero nin caso, “váiseme o grupo”, “é que non me podo parar” e outras contestacións que nos sorprendían a todos. Grazas que, sobre as doce, o meu compañeiro Mario e eu fómonos a comer o bocadillo e descansar algo, logo daquela “dura xornada”.

Ao noso regreso a cousa xa se acougou un pouco, a afluencia de xente case era nula e as plataformas dos autobuses estaban baleiros, co cal María deunos permiso para que nos fósemos á unha e cuarto. Logo de despedirme do resto de compañeiros, marcheime para cambiarme de roupa e asearme. A cor dos zapatos, que era azul mariño, agora era branco, debido á cantidade de po que había na chaira. Limpeinos cun papel humedecido e para dentro dunha bolsa e para a mochila, a cal volvía deixar en consigna para non ir cargando con ela.

Como non tiña moita fame, volví dar unha pequena volta pola

Expo, sobre todo nos pavillóns que non había moita cola, Bélxica, onde me regalaron unhas galletas, Dinamarca, que me esperaba algo mellor, e o noso país irmán Portugal, con referencias aos ríos que temos en común, Miño, Douro, Tajo e Guadiana, á súa xestión de recursos hídricos e como non aos seus afamados viños do Porto e de Madeira.

Sobre as dúas e media, o estómago, xa me estaba ruxindo e, para acougalo, funme á cantina. Despois de comer, volví dar unha volta polos diferentes pavillóns, Asturias, con exemplos dos seus bosques, Canarias, coa súa fauna e flora e as desalinizadoras, Cataluña, cunha impresionante colección de botellas de auga, Castela e León, onde o seu pavillón estaba composto por gran cantidade de botellas de viño, a Árbore dos compromisos, o lugar onde anteriormente me tocou como voluntario. Sobre as cinco da tarde, soou o meu móbil, era Mari Paz, que me invitaba ao espectáculo do “home vertente” ás once e cuarto da noite e que sobre as dez da noite estivese na porta do pavillón de Aragón. Seguín paseando e visitando pavillóns, Suecia, desistín de Polonia pola longa cola e Libia. Nixeria e India eran un mercadillo ambulante, que vergoña, Onde estaba a referencia sobre a auga? Como tiña fame saín do recito e funme a buscar o bocadillo, unha peza de froita e un botellín de auga ao centro de voluntarios. Descansei un pouco e volví para a Expo, a seguir visitándoa, funme a visitar o Iceberg, Augas Extremas, o Faro... ¡e coa calor que estaba caendo!

Estaba cansadísimo, e sobre todo encabuxado, porque tiña que esperar a que o pavillón do colexio da Compañía de María, abrise as súas portas ás once e media da noite, pero mentra tanto me fun á cantina a cear, descasé algo e chamei a Vicen e á miña familia

Como xa eran preto das nove e media da noite, marchei da cantina e funme andando amodo ata a porta do pavillón de Aragón; nisto sooume o teléfono, era Martín, que me comentou que tal pola Expo?, que tal os compañeiros? Tamén me dixo que non sabía se podería vir. Animeille e comenteille que me déron dúas entradas e que eran para el.

Sobre as dez e vinte chegou Mari Paz, presentoume ao seu marido e aínda houbo tempo de visitar o pavillón de Marrocos. Unha vez acabado de visitar este pavillón fómonos a ver un concerto de música clásica a un dos balcóns. Logo como xa eran preto das

once da noite dirixímonos a ver o espectáculo e mentres nos íamos andando o marido e comentoume que habían estado por Galicia facía un par de anos e que lles gustaría volver. Á súa vez coméntelle a posibilidade de ser voluntarios na Tall Ships Atlantic Challenge de Vigo do ano 2009.

Chegamos e Mari Paz falara coa coordinadora para poder entrar “free” xa que non tiñamos entradas. Foi algo sorprendente, sobre todo a primeira parte. A segunda parte foi algo aburrida e para min sen sentido, pero en xeral estivo moi ben.

Sobre as doce menos cuarto saímos e acompañáronme ata o pavillón de España, alí despedímonos ata outro día.

Cando xa ía para a parada do bus vin unha enorme cola de xente esperando os Expo buses. Perdín un pero xa era un dos primeiros para o seguinte autobús. Ese día cheguei ao “albergue” sobre as doce e media pasadas. Co canso que estaba só apetecíame tirarme en cama, pero antes diso ducheime para quedar máis relaxado.

Outra vez imparabile o espertador soou á súa hora e, outra vez, a rutina, pero grazas que a coordinadora díxonos que o resto de días tiñamos que estar nos nosos postos ás nove da mañá, iso deixábame marxe para ducharme e almorzar con tranquilidade.

Antes das nove, xa estaba alí e, xunto cos meus compañeiros, fómonos para o noso posto e como o día anterior a “regular o tráfico de persoas e automóbiles”. Grazas a Mario que cos seus chistes amenizábanos o traballo e como non? as chamadas dos amigos.

A xente preguntábanos sobre o prezo do telecabina, se o telecabina paraba dentro do recinto da Expo, se era ida e volta o billete que adquiriran e nós moi amablemente respondiámoslles ás súas preguntas.

Tamén faciamos apostas e eu dicíalles aos meus compañeiros de “dársenas” se a xente das excursións era galega ou non. Pregúntanme como o sabía e respondíalles que pola forma de levar as señoras o bolso, e cando pasaban polo noso lado e falaban entre eles, dicíanme? “¡como coñeces aos teus paisanos!”.

Entre risas e bromas, foi pasando a mañá do martes 9 de Setembro. Chegou a unha e cuarto da tarde e o noso coordinador díxonos que nos podíamos marchar.

Ese día Mario tiña que coller un autobús urbano a medio camiño do noso posto e a oficina do voluntariado, acompañeino un pouco ata a parada e proseguín o meu camiño. Unha vez cheguei ao meu destino, fun a consigna e pedín a miña mochila. Soamente levaba tres días alí e xa sabían que era a mochila negra con cordóns vermellos.

Fixeime nos zapatos e pensei? ¡están todos cheos de merda! por culpa da terra seca. Non me importou demasiado, xa que os limpei a conciencia.

Como facía bastante calor, decidín levarme dúas botellines de auga na bolsa que nos deron a cada voluntario.

Deixei a mochila en consigna e dirixinme ás portas de acceso para o persoal. Fixéronme pasar a bolsa polo scanner e sacar todos os obxectos de metal que leva encima xa que tamén pasaba por un arco de seguridade. Toda e cada unha das veces que entraba ao recinto da Expo, que foron máis de vinte veces, tiña que facer o mesmo ritual.

Ese día xa fun directamente para o pavillón de Italia que nese momento non tiña moita afluencia de xente. Foi un dos pavillóns que máis me gustaron ata ese momento. O pavillón de Bélxica, ao meu entender, captara a esencia da exposición, recreando un bosque cuberto de néboa, as actuacións nos seus ríos e acuíferos...

Antes de ir comer, decidín visitar o pavillón do Principado de Mónaco, logo de estar un cuarto de hora agardando, por fin entrei. Aos visitantes se nos torturaba cun vídeo, cuxa duración era de tres minutos, durante outro cuarto de hora. Ao fin invitábanos a pasar e vinme cun pequeno estanque no que desde unha pantalla podíanse debuxar os obxectos ou figuras que un quería e pasábanse a devandito estanque. Pensei para min, ao saír do pavillón, “perdín case unha hora nisto”. Acto seguido funme á cantina a comer. Logo de descansar, seguí o meu periplo polo recinto, volví ao pavillón de Suecia do que quedara encantado, aínda que a algún dos meus compañeiros pareceulle unha pequena recreación de Ikea.

Seguín camiñando e cheguei ao pavillón de Nepal, na súa fachada, atopábanse uns cilindros que os visitantes facían virar e cada xiro representaba unha oración. Entrei no seu pavillón pero era outro mercadillo. É certo o refrán “as aparencias enganan”, moi bonito por fóra pero por dentro baleiro de contido.

Saquei o mapa do recinto e decanteime por uns pavillóns cuxos países visitara. Austria, Suíza e Andorra. No pavillón austriaco, veume á mente a cidade de Innsbruck coas súas fermosas montañas e aos pés delas, a capital do Tirol. Había unha representación dun vals. Este representábase nunha das típicas bólas de cristal, que no seu interior, conteñen “neve”.

No pavillón suízo, obsequiouseme co meu primeiro pin. No de Andorra, foime imposible entrar, a xente apiñábase porque cada día regalaban cousas diferentes.

O sol pegaba con todas a súa forzas, e bebín unha gran cantidade de auga.

Como estaba moi canso decidín regresar para o albergue e descansar un pouco. Antes paseime pola Basílica do Pilar e de camiño, na Praza de España Paseo da Independencia, atopeime co final da décima etapa da Volta Ciclista a España 2008. Estiven descansado preto dunha hora. Regresei á Expo e decidín volver sobre os meus pasos e visitar os pavillóns de Nacións Unidas e da Unión Europea. É increíble, uns pavillóns nos que se fai alusión ao auga e estaban desertos.

Como xa estaba cansado, case eran as nove da noite, logo de camiñar case cinco horas, funme á cantina a cear tranquilamente.

Unha vez que descansei, fun ver o espectáculo de Iceberg para facer tempo antes de volver para o pavillón, pero ás once menos vinte; collín o bus ás once da noite o conserxe abriu as portas e entrei, ducheime e ás once e media da noite apagáronse as luces.

Outra vez como os días anteriores, a rutina chamaba á miña porta. O cerimonial volvíase a repetir, pero no día en honra a Mercurio deparárame unha dobre sorpresa, unha boa e unha mala.

Ao chegar para a reunión, sobre as nove da mañá, xa estaba a nosa coordinadora, lista para apuntar se alguén faltaba e para

asignar os postos a ocupar. María, en todo momento pendente de nós, víñanos a visitar e chamábanos pola radio a todos os voluntarios ao seu cargo. Avisounos, sobre as once da mañá, que chegaran os bocadillos e que dous de nós fósémonos a descansar. Fomos Xosé Anxo e eu, mentres que Mario quedaba no posto e Rosa levaba os bocadillos aos nosos compañeiros do Pavillón Ponte, a través da telecabina.

Facía unha calor espantosa e Mario comentou: “esta tarde choverá e se non chove vai caer unha boa tormenta de verán”. Non lle fixen caso, pero máis tarde acordaríame do que dixo. Tamén estivemos recordando o aniversario do 11S, Onde che atopabas? Que estabas facendo? Comenteille que ese día atopábame na estación do ferrocarril de Santiago de Compostela, comendo un bocadillo e unha mazá esperando o tren de regreso para Coruña, cando sucederon os atentados en EE.UU.

Sobre a unha da tarde regresou Rosa e á unha e media chamounos María para que, se non había traballo, fósemos para axudar aos nosos compañeiros a repartir os programas do día aos visitantes.

Unha vez finalizada a miña xornada de traballo e logo de cambiarme de roupa, funme directamente á cantina, tiña bastante fame.

Cando terminei, xa nin descansei, funme directamente ao pavillón de Polonia que tiña moitas ganas de visitalo. Case non había xente facendo cola. Esperei un cuarto de hora e entrei; podo dicir que me encantou e, sobre todo, o magnífico documental sobre este país.

Cando terminou o documental, pareime ha falar cos mozos e mozas do pavillón, en polaco, increíble, pero certo. Algo aprendera debido a que me ía de vacacións en decembro alí.

Á beira, estaba o pavillón da Santa Sé, pero xunto cos de Rusia, Alemaña, Francia, Eslovaquia, México e Kazajstán foron dos pavillóns que me foron imposible visitar, polas interminables colas de dúas horas ata as cinco horas de Alemaña. Por iso decanteime polos pavillóns de: Camerún, Etiopía, Malí, Cabo Verde, Mozambique, Namibia, Níxer, Senegal, Sudáfrica, Sudán, Tanzania, Iemen. Todos eles mostraban produtos artesanais dos seus países. Aproveitando que tiña que levar uns agasallos para a

miña irmá e para Javi e Eva, decidinme por comprar artesanía de Costa do Marfil.

A continuación deste grupo de pavillóns atopábase o de Afganistán e o de Paquistán, que do mesmo xeito que outros pavillóns, non había por ningunha parte referencias ao auga.

Como estaba moi canso, decidín ir descansar ao albergue, pero ao chegar alí, atopeime coa porta pechada e iso que de catro a sete da tarde tería que estar aberta. Entrei por outra porta, que estaba destinada aos alumnos do centro, ducheime pois coa calor que facía ese día estaba todo suado; puxen a cargar os móbiles e tombeime en cama.

Antes das seis, levanteime e volvín para a Expo para seguir vendo pavillóns.

Visitei Filipinas, onde comprei uns llaveros para Vicen e para min, a Lituania, onde o que máis me gustou foi o labirinto de auga, Angola, que facían referencia á explotación de diamantes, e ao pavillón de Chipre.

Antes de ir á cantina para cear, volvín ao pavillón do concello de Zaragoza a solicitar outros libros sobre o Bicentenario, para logo regalar aos meus amigos.

Cando estaba ceando, sooume o móbil, era Mari Paz, que me invitaba a un concerto de campás na Praza do Pilar ás dez da noite. ¡Que grata sorpresa!, o día non podería finalizar mellor. Pero falara con moita antelación.

Aínda me deu tempo de ir ata a Torre da Auga e ver o espectáculo que a natureza ofrecíame, unha tormenta de verán. Saín do recinto, collín o bus que me deixaría á beira da Praza do Pilar e a tormenta cada vez vai a máis. Baixeime do bus e dirixinme ao encontro da miña compañeira. Pero o tempo empeorou. Caeu un chuviairo, con tronos e lóstregos sobre Zaragoza que tiven que buscar refuxio como fose. Estaba completamente empapado, cansado e non atopara, aínda á miña amiga. Cando, cesou a tormenta, renovouse o concerto que finalizou cos famosos tambores de Calanda.

Logo de moito buscar, atopeime coa miña amiga, o seu marido e uns amigos de ambos e fómonos a tomar algo por aí. Foi a última vez que vin a Mari Paz.

Ao regresar ao colexio, sobre as once e cuarto da noite, estaba na cama de á beira un mozo de 17 anos de Palma de Mallorca e puxémonos a falar, contoume que estivera un mes en Australia e quince días no Canada... así ata a unha da madrugada.

O xoves 12 de setembro atopábame no Ecuador da miña estancia como voluntario. Xa pasaran 4 días e quedábanme outros catro. Hoxe sería o último día de María como a nosa coordinadora, ao día seguinte viría o noso novo coordinador, Antonio.

Tamén, na reunión que tiñamos cada día, fixouse que sobre as dúas e media da tarde, reunísemonos os que quixésemos na cantina para comer todos xuntos.

Ese día, falara con María para pedirlle permiso, se podía subir á telecabina e así levar os bocadillos ao resto de voluntarios.

Cando estivemos no noso posto, comenteille aos meus compañeiros a molladura que pillara o día anterior e que nin en Galicia vira chover de semellante forma.

Sobre as once, tiveron que ir recoller os bocadillos e logo ir ata a telecabina. Desde alí arriba podía apreciarse todo o recinto da Expo, os pavillóns dos países participantes, o Anfiteatro e dous edificios principais a Torre da auga e o Pavillón Ponte, o cal foi deseñado pola arquitecta británico-iraquí Zaha Hadid. Conectaba a beira dereita do río co recinto da Expo. A súa planta tiña forma de gladiolo e aloxaba salas de exposición sobre a xestión sostible da auga.

Unha vez que cheguei ao final do percorrido, entreguei os bocadillos e mentres os meus compañeiros foron a comerlos eu estiven entregado planos da Expo e os programas dos actos do día. Ese día estivo invitado Mijaíl Gorbachov, o que fose Secretario Xeral do Partido Comunista da Unión Soviética e presidente executivo da Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Cando xa terminaran para comer, regresei de novo á telecabina, estaba vez acompañado dun matrimonio alemán e outro español e aproveitei para chamar á miña casa. Cando finalicei de falar coa miña nai, o señor faloume e preguntoume de onde era, el era galego da provincia de Lugo.

Ao baixarnos da telecabina, despedímonos e eu regresei ao meu posto en “dársenas”. Como non comera o bocadillo e Mario tampouco, xa que me estaba esperando, puxémonos nunha mesa debaixo dunha antuca, xa era un día terriblemente caluroso. Sobre as doce e media veu María a ver que tal todo e entregoume para que llo dese á miña sobriña unha “Mariquita Pérez”.

Unha vez finalizada a xornada de traballo, volvín ao centro de voluntarios a cambiarme de roupa. Tal como quedaramos, atopámonos na cantina, comemos todos xuntos, fixemos fotos, pasámolo xenial.

Despois de comer quedara co meu compañeiro de dársenas Xosé Anxo, que tamén asistiu á comida, para dar unha volta pola Expo. Fomos a ver os pavillóns de Arxentina, Brasil, onde conseguín outro pin e onde puiden falar en portugués; Costa Rica, Cuba, Ecuador, O Salvador, Guatemala, Fonduras, Nicaragua, Panamá, Perú, República Dominicana e Venezuela. Foron uns dos mellores, en conxunto, que captaran a idea fundamental da Expo, a auga.

Sobre as cinco da tarde, como facía moito calor e estabamos cansados, fómonos á cantina para tomar unhas cervexas. Unha hora máis tarde quedara coa súa muller. Antes de quedar coa súa muller, fomos visitar o pavillón de Correos e logo as terrazas superiores, desde alí podíase divisar a cidade de Zaragoza. Preguntoume se visitara o Palacio da Aljafería, sede do Goberno de Aragón, e díxenlle que se, que no ano 2006 visitouna e que fora a primeira vez que vía arte islámica. Nisto, soou o móbil, era a súa muller. Fomos ao seu encontro e presentounos. Como non podían asistir á sesión das sete da tarde ao pavillón de España, regaláronme unha entrada.

Un cuarto de hora antes das sete, púxenme na fila para entrar. Ás sete en punto abriron as portas. Durante case hora e media estiven visitando o pavillón. Na tenda do pavillón, compreille un chifre á miña sobriña.

Como xa eran preto das nove da noite funme a cear e a descansar un intre. Mentres ceaba chamoume Martín para comentarme que ao día seguinte chegaba sobre as dúas e media da tarde.

Antes de que pechasen os pavillóns, fun visitar os das cidades autónomas de Ceuta e Melilla. Ás dez e media, logo de ver un

pouco o espectáculo do Iceberg, regresei para o pavillón, estaba morto, xa non podía máis coa miña alma.

Ao chegar estaban por alí unhas mozas, que me dixeron se me apetecía ir dar unha volta por Zaragoza, díxenlles que estaba moi canso, elas dixéronme que se quería, ao día seguinte podíamos quedar.

Deiteime cedo aínda que aínda non apagara as luces do pavillón e era imposible durmir.

Como todos os días tiñamos reunión antes de ir aos nosos postos. Antes de asistir á reunión, tívenme que ir ao centro de voluntarios porque se me esqueceron as entradas no colexio e necesitábaas xa que viña Martín.

Entrei e tiven que esperar, xa que estaban atendendo a outros voluntarios. Cando me tocou a miña quenda, comenteille que necesitaba dúas entradas, porque viña un amigo de Coruña e esquecéronlme no colexio Compañía de María e que como garantía lle deixaba o meu carné de conducir. Devandita persoa díxome como podía estar segura de que llas ía a devolver, nun ton forte e intimidatorio. Volvinlle a repetir que lle deixaba o carné de conducir e que ao día seguinte llas devolvía. Fíxome unha fotocopia do carné e deumas cunha serie de ameazas.

Hoxe era o día en que veu o novo coordinador. Antonio, volveunos a confiar nos nosos postos aos mozos de dársenas. Estiven falando con Xavier, un señor de Zaragoza, o cal comentoume que o seu irmán había estado ingresado no Hospital Marítimo de Oza da miña cidade.

Tamén os meus compañeiros e eu estivemos falando sobre se recibamos unha mensaxe no móbil, dicíndonos que fósemos polo centro de voluntarios a recoller outra roupa, para dar mellor imaxe. Comenteilles que recibira a mensaxe e que fora a por dous pares de calcetíns e un par de camisetas xa que logo da tromba de auga caída o mércores, os calcetíns estaban empapados e todos desteñidos. Tiven que escoitar por parte dun dos meus compañeiros, se non había posibilidade de lavar a roupa no pavillón, se non había lavadora, e que tiña cara de ir a coller esa roupa. Respondinlle que no pavillón onde me atopaba aloxado eramos 75 persoas, que non había sitio para colgar a roupa e que non levaría postos unha camiseta e uns calcetíns suados día tras día, xa que soamente déronme dúas camisetas e dous pares de

calcetíns para oito días. Respondeume que el se lavaba a roupa todos os días e que á mañá seguintes xa lla volvía a pór, e díxome “¡como se nota que non fuches á mili!”. Sinceramente, eses comentarios parecéronme inapropiados.

Algúns dos meus compañeiros, me “defenderon” dicindo que era lóxico o que dixera e que non tiña razón ao “atacarme” desa forma.

Os mozos de dársenas, volvemos aos nosos postos e xa cos nosos chalecos reflectores regulamentarios.

Como me deu un ataque de tose, Mario comentoume que polo seu pai, que facía un par de anos falecera e que, como agora o seu irmán, dedicábase a obter a esencia de espliego, sabía que pondo unhas pingas de devandita esencia debaixo das fosas nasais, aliviaba o catarro.

Continuamos co traballo, entón soou o meu móbil, era Vicen, tiñamos bastante traballo, xa que era o último fin de semana da Expo e os organizadores, calculaban unha afluencia masiva. Nisto que tivemos que “reter” a un grupo de xente. Unha señora, sen atender a razóns, cruzou sen o noso permiso e increpándonos; respondílle “se quere suicidarse é o seu problema e que ese era o meu labor, velar pola seguridade dos visitantes”. Ese caso é un dalgúns que nos ocorreron anteriormente

A Mario, un señor, con dificultade de mobilidade e que se saltou o noso control habendo bastante tráfico de autobuses. O señor contestoulle “primeiro os peóns e logo os coches”. Outros que perdían o grupo co que ían. Outros cruzaban con cadeiras de bebes, a nós parecíanos increíble a actitude da xente. Outros andaban pola calzada... e outras anécdotas.

O que me quedei sorprendido foi un día sobre as once e media que o meu compañeiro Xosé Anxo chamoume e presentoume a unhas señoras que eran de Coruña e por moi increíble que pareza vivía en rúa Pai Sarmiento, á beira da miña casa.

Sobre as once menos cuarto viño a “visitarnos” Antonio, para saber se houbera algunha incidencia. Comenteille se podía saír sobre a unha da tarde xa que chegaba un amigo de Coruña. Non me puxo ningún inconveniente.

Nese momento chegou a furgoneta que traía os bocadillos. Hoxe

tocáballe a quenda a Xosé Anxo de levar os bocadillos aos nosos compañeiros da Porta Pavillón Ponte.

Aquel día Rosa e Mario foron a comer antes os bocadillos, xa que non tiñan fame. Entón quedeime eu encargado da dársena. Non houbo problemas. Logo cando volveron tocoume a miña quenda e funme para a mesa que montaramos días atrás. Tocounos bocadillo de salchichón e unha laranxa. Como non tiña unha navalla a man nin un coitelo, fun ao bar da telecabina a pedir un coitelo. Déronme un coitelo de plástico.

Preto das doce e media, a afluencia de xente era moi pouca e ese día xa estaba desexoso de terminar, porque necesitaba o tempo, cambiarme de roupa, comer e ir con tempo a buscar a Martín á estación de Delicias.

Á unha e cuarto, despedinme dos meus compañeiros e fun correndo á oficina do voluntario. En consigna, solicitei a miña mochila, a cal xa coñecían, polas miñas idas e vindas, me aseé, e cambieime de roupa. Antes de saír, collín dúas bolsas que contiñan cada unha, o seu bocadillo, a súa peza de froita e a súa botellín de auga. Todo iso gardeino na miña bolsa. Volvín deixar a miña mochila en consigna e marcheime a fume de carozo para comer.

Ao chegar á cantina, non había case ninguén, e fun un dos primeiros en pedir. Ese día non tiveron tempo de pararme a descansar, o tempo pasaba. Crucei polo pavillón Ponte, saín do recinto da Expo e xa estaba diante de min, Delicias, recordando que facía seis días acolleume e que dentro de tres días partiría dela de novo para o meu fogar.

Chegara con certo adianto, e aínda estiven visitando, outra vez, os Legos que vira, tamén collín uns caramelos que ofrecía Adif.

Sobre as dúas e vinte, cuns minutos de atraso chegou o TRD procedente de Valencia Nord.

Ao chegar á planta primeira, xa que non se pode esperar aos viaxeiros nas plataformas, démonos un abrazo e díxome que tiña ganas de ir ao baño. Acompañeille ata eles e unha vez que saíu dirixímonos á parada do bus para ir ao seu aloxamento. Alugara unha habitación preto de rúa Condes de Aragón, a uns dez minutos andando desde o meu aloxamento.

Cando chegamos eran exactamente as tres da tarde. Cambiouse e comeu un dos bocadillos. Despois fomos andando xa que tiña ganas de coñecer a cidade e funlle ensinando o pouco que sabía de Zaragoza e a primeira parada foi a Porta do Carmen, estívenlle explicando un pouco da Historia dos Sitios e que ela durante a guerra dos sitios (1808-1809) a porta serviu de bastión á resistencia aragonesa quedando as pegadas dos proxectís aínda visibles na súa estrutura.

Fomos andando pola Avenida de Cesar Augusto e parámonos en Galerías Primeiro para comprar algo para comer, algún agasallo para a miña sobriña e a rica secallona. Volvemos á avenida e máis abaixo atopámonos co Mercado Central, nese momento sooume o móbil, era Sergio, chamábame para dicirme que chegara e que como estaba cansado non ía saír, pero xa quedamos para o día seguinte. Un pouco máis adiante atopámonos as ruínas da muralla romana, acto seguido entramos na praza do Pilar, sacamos unhas fotos e entramos na Basílica do Pilar.

Despois saímos e ensineille a Ponte de Pedra e estivemos na beira do Ebro. Cruzamos a Ponte de Santiago, agora xa entendo o que me comentou Mari Paz a miña amiga Mari Paz, aragonesa, que aos zaragozanos chamábanselles "chepudos ou cheposos" debido á súa problemática relación co vento. Cando o Cierzo forte e seco, frío e violento, sopraba con ganas en Zaragoza, moitos días ao ano segundo parece, a xente non tiña máis remedio que camiñar empregando unha enerxía extra para superar a ese antipático elemento primigenio da natureza. Para iso, o natural era adoptar unha postura ríxida, coas mans afundidas nos petos do abrigo ou do pantalón e o tronco arqueado cara a adiante, coa cabeza facendo de ariete para que puxesen abrirse paso ante un adverso poder invisible.

Seguimos andando pola Avenida de Ranillas e accedemos pola Porta do Ebro. O primeiro pavillón que visitamos foi o de Galicia, que tiña cubos de cristal, en cuxo interior había auga recollida de diversas fontes, ríos e do mar de toda a xeografía galega e onde nos deron outro pin. Despois visitamos os pavillóns de Canarias, Castela e León, Asturias, onde nos deron outro pin, País Vasco... Entre os voluntarios parecía que había unha competición por haber quen tiña máis destes recordos.

Antes de ir cear, saín do recinto, volvín á oficina para coller outro

par de bocadillos. Regresei e no control xa me dixeron, “¡moita fame!”. Funllos a levar a Martín e funme a cear, en dez minutos xa estaba de volta.

Descansamos algo e seguimos vendo outros pavillóns para aproveitar o día. Lituania, Filipinas, Paquistán, Qatar, onde nos deron dátiles, Camerún, Etiopía, Malí, Cabo Verde, Mozambique, Namibia, Níxer, Kenia, Senegal, Sudáfrica, Sudán, Tanzania, Iemen... foron algúns dos que visitamos aquel día. Antes de irnos paramos en Oikos, auga e enerxía, dedicado á depuración da auga e como fonte de enerxía.

Como todos os días ás dez da noite, había o espectáculo do Iceberg, quedámonos uns vinte minutos véndoo antes de regresar.

Fomos ata o meu aloxamento a cambiarme de roupa para saír de marcha. Martín xa traía ben aprendido os sitios así como o nome das rúas onde se atopaban. Como ambos estábamos sumamente cansos regresamos a nosas “casas”, acompañoume un intre e xa se volveu.

Cheguei sobre as dúas da madrugada, cheiraba a roupa a tabaco queapestaba. Funme a duchar e para cama que mañá me tocaba traballar e gozar doutro día en compañía de Martín e de Antonia que viña expresamente de Madrid para verme.

Levanteime cun cansazo e un soño que xa non podía coa miña alma e aínda me quedaba todo ese día e o domingo e só con pensar que ás doce e cinco da noite do día 15 de Setembro tiña que subirme outra vez ao tren “Estrela Galicia” dábanme calafríos.

Antes de ir ao meu posto tiven que pasar polo centro de voluntarios a entregar as dúas entradas que solicitara o día anterior. Non estaba a señora que me atendeu. Devolvínllas á súa compañeira, á cal expliquei o sucedido. Funme a almorzar, pero para quedarme máis tranquilo volví a oficina a solicitar un xustificante da entrega.

Pero non era momento de lamentacións. Ao chegar ao meu posto, ás nove menos cuartos, xa había algúns voluntarios, comentando que no día de onte houbera un problema entre o noso coordinador e unha persoa contratada pola organización, que dicía que nós, os voluntarios, eramos incompetentes e vagos. Polo que dixo esta persoa, o noso coordinador, Antonio, renunciou.

Ante estes feitos, asignóullenos a outro coordinador. A nosa nova coordinadora chegou sobre as nove e cinco e pasou lista para coñecer os nosos nomes e repartir o traballo. A Mario, Rosa e a min tocounos no mesmo posto. Os tres mosqueteiros, xa que Xosé Anxo non puido vir, volvemos ao traballo, a regular o tráfico.

Ese día houbo unha gran afluencia de xente e máis se esperaba ao día seguinte para a clausúra. Non paramos de traballar. Pero aínda houbo tempo para comentar a incidencia do noso coordinador e de rirnos un pouco coa nosa mascota, un peluche dun rato xigante, que algún neno perdeuno. Colocámolo na varanda e a xente que pasaba asustábase. Nós morriámonos da risa.

Antonia chamoume dicíndome que chegara e que xa estaba acomodada e preguntoume sobre a que hora poderíase pasar. Comenteille que sobre as dúas e media, tres da tarde, que sobre a esa hora quedara con Martín.

Coma se fose unha repetición do día anterior, sobre a unha e cuarto, funme, acabara e pedinlle o correspondente permiso á nova coordinadora. Fun correndo á oficina do voluntario aseeime, e cambieime de roupa, limpei por enésima vez os meus zapatos e deixei a miña mochila en consigna e marcheime a fume de carozo para a cantina.

Chamei a Martín, pero o teléfono tíñao apagado, volvíns insistir, descolgou e díxome que xa estaba de camiño. Fixen unha perda a Antonia, ela estaba comendo e díxome que xa viña en media hora.

Sobre as tres da tarde xa estabamos todos e dispúxenme a ser o seu guía particular. Como coñecía ben os pavillóns máis interesantes, fómonos a Bélxica, Dinamarca, China, Suecia, Filipinas, Illas Salomón, Palaos, Timor Oriental, Tonga, Vanuatu Libia, onde me fixen unha foto co coronel Gadafi e recordo que a Antonia lle encantou os paneis explicativos do pavillón sobre a condución da auga polo deserto. Despois Italia, Suecia, Polonia, para ver, por segunda vez, o seu magnífico documental, que se pode ver nos seguintes enlaces:

(http://www.youtube.com/watch?v=X_YU6lwChB8 e <http://www.youtube.com/watch?v=5qtUwnkF-rA&feature=related>).

En verdade recoméndovolo ver.

Despois fómonos a ver os pavillóns de: Arxentina, onde visionamos

outro magnífico documental e onde nos obsequiaron cunha camiseta e unha bolsa; Brasil, Costa Rica, Colombia, onde ofrecían unha degustación de café e, como era gratuíta, había unha gran cola de xente esperando. Logo Cuba, Ecuador, O Salvador, Guatemala, Fonduras, Nicaragua, Panamá, Perú, República Dominicana e Venezuela.

Unha vez finalizado este periplo, fómonos a ver os pavillóns dos países do caribe: Antigua e Barbuda, Bahamas, Barbados, Dominica, Xamaica, San Vicente e as Granadinas, San Cristóbal e Neves, Santa Lucía, Surinam e Trinidad e Tobago, en cuxo pavillón Antonia obsequiounos cunha pequena botella de ron.

Despois fomos a visitar o pavillón de Croacia, Holanda, ambos con magníficos documentais e un recordo dun botellín de auga no pavillón de Croacia; Turquía, onde me deron unha guía turística en CD do seu país; Austria, Malta, Chipre, India, Angola, Hungría, onde puidemos ver os famosos viños Tokaji, era o viño procedente da rexión de Tokaj no Reino de Hungría e é frecuentemente descrito como o viño máis valioso do mundo.

Logo de todo isto estaba reventado. Eles tamén o estaban e como xa abrira a cantina comenteilles que eu ía cear, pero que antes ía buscarlles uns bocadillos e unhas pezas de froita e, como non, uns botellines de auga. Esperábanme nuns bancos á beira do pavillón de Qatar. Eu funme a cear. Antes de regresar con eles volvíñ ao pavillón do concello de Zaragoza para adquirir un exemplar do libro Bicentenario dos Sitios, para Antonia, do mesmo xeito que o día anterior fixera con Martín. Para finalizar a xornada fómonos a subir pola Torre da Auga, isto sobre as dez da noite.

A Torre da Auga de 76 metros de altura acollía a exposición "Auga para a vida". Logo de escoitar as explicacións por megafonía, subimos a torre por unha rampla de 1200 metros. Grazas que nalgunhas plantas da torre había uns sofás moi cómodos para descansar, xa que os meus xeonllos xa non soportaban máis trajín.

Ao chegar á cima, fixemos unhas fotos de recordo e Antonia comprou unha gorra nunha tenda de souvenirs. Descansamos algo e por megafonía anuncióullenos que en quince minutos pecharían as portas, así que a correr.

Unha vez que saíramos da Torre, decidimos saír do recinto da Expo e irnos a tomar algo. Tamén quedáramos con Sergio, xa que estaba

de vacacións, na Porta do Carmen sobre as once e media da noite, pero antes fun a cambiarme de roupa ao pavillón. Baixei levando comigo o detalle para os pais de Sergio.

Xa estabamos os catro. E propuxen ir a un Pub “The Guinness House”, na Avenida Cesar Augusto, xa que me comentou Mario, que alí, aos voluntarios da Expo, facíaselles un desconto nas bebidas consumidas.

¡Como non! bebémonos cada un a nosa pinta de cervexa, salvo Martín que non lle gusta.

Alí estivemos ata da unha da madrugada. Despois Sergio levounos a outro pub e alí tomamos uns chupitos e de alí Martín suxeriu que tiña interese en volver aos locais que visitamos a noite anterior.

Así foi, estivemos de marcha ata as tres da madrugada.

Cando finalizamos a “marcha” por Zaragoza, fomos en taxi a acompañar a Antonia ata o seu hotel, na Praza do Pilar, logo baixei eu e despedinme de Martín e de Sergio.

Ao chegar ao pavillón, me dí conta de que a roupa apestaba a tabaco, deixei na sobre a cama e funme a duchar. Xa me quedaba só un día como voluntario.

O domingo 14 de setembro chegou e con el o último día da Expo, o último día como voluntario, sinceramente dábase pena finalizar a miña estancia alí. Logo de ducharme, fixen o bolso, recollín o meu despacho de billetes e revisei se me deixaba algo. Marcheime cargado como un burro, collín o Expo Bus número 8 chamei Antonia e comenteille se podía deixar o bolso no seu hotel, ela contestoume que si e fun arrastrando o bolso pola Praza do Pilar e despedinme. Ao chegar á oficina de voluntarios xa “descarguei”, por última vez a mochila na consigna.

Ese día, logo da reunión matutina, fómonos cada un para os nosos postos, os meus compañeiros, salvo Rosa (que lle chegou unha amiga de Alemaña e pedira o día) e eu fómonos para dársenas e alí estivemos ata as doce, cando a afluencia de xente cesou e díxollenos que se podíamos repartir noutros postos. A min asignóume para axudar coas cadeiras de rodas, entregando unha cadeira por petionario.

Mario e Xosé Anxo foron como voluntarios para a Cabalgata do Sol. Cando finalicei a quenda fixémonos unhas fotos de despedida.

Bicos, abrazos, intercambio de direccións postais, para enviarme unha cinta de vídeo coa entrevista que TVE en Aragón fíxonos o venres anterior e electrónicas e teléfonos. Unha vez finalizada a miña xornada fun a ver devandita cabalgata, xa estaba finalizando, pero o que vin foi marabilloso.

Percorrinme o recinto con dirección á saída do persoal e deume moita pena terminar e algunha lagrimita saíu dos meus ollos.

Como sempre ao chegar á oficina de voluntarios, pedín a miña mochila, cambieime e despedinme da señora da consigna e lle dí as grazas pola súa amabilidade.

Acto seguido funme a comer por última vez á cantina e, como non, a pasar polo control de seguridade, ese día algo máis exhaustivo pola visita de SS. MM. os Reyes de España, para a cerimonia de Clausura da Exposición Internacional.

Ceguei á cantina, agardei a miña quenda, elixín do menú o que me apetecía comer ese día e, cando vou pagar coa miña credencial, dinme que non teño crédito, que me caducou. Informáronme que se quería reclamar fose ao centro de voluntarios a presentar unha queixa. Paguei a comida, non me quedaba outra, pero o momento de alegría vivido antes, tornóulleme en enfado.

Unha vez que descansei algo, saín por última vez do recinto da Expo e dirixinme á parada do bus. Estaba o Expo bus número 8, collino e baixeime á beira das murallas romanas. Martín e Antonia estábanme esperando, comendo tranquilamente nun restaurante da Praza do Pilar.

A Antonia fíxolle o encargo de comprarme un cachirulo de Teruel, na tenda “o Torico”. Tamén comprara dous máis, un para ela e outro para Martín.

Ao terminar para comer, fomos visitar por última vez a Basílica do Pilar e comprar algunhas cintas máis. As cintas que eran un anaco de seda duns 40 centímetros por 2,5 centímetros de ancho, na que está impreso un debuxo xeométrico equivalente á altura da Virxe, 36,5 centímetros.

Fómonos ata o hotel onde pasara a súa estancia Antonia, para

recoller o meu bolso, as súas pertenzas e un agasallo que me trouxo, un morteiro de mármore de Macael.

Avisamos a un taxi, pero tardou o suficiente para habernos posto bastante nerviosos, porque Martín tiña a saída do seu tren en media hora. O taxista, informounos que se cortaron varias rúas por culpa da visita real e que había atascos por toda Zaragoza. Pedímoslle que se dese présa en chegar á estación de Delicias. Chegamos cinco minutos antes de que partise o tren con destino a Valencia Nord. Despedímonos no taxi e Martín saíu correndo cara ás plataformas.

A Antonia aínda lle quedaba unha hora e aproveitámola falando nunha das salas de espera da estación. Un cuarto de hora antes, despedímonos e ela baixou ás plataformas.

Regresei para a sala de espera e agardei por Sergio que, logo de media hora, veume a buscar co seu irmán Jorge no coche deste último.

Chegamos á súa rúa, Condes de Aragón, subimos ao piso dos pais de Sergio para saudar á súa familia e descansar un pouco.

Despois fómonos a cear a un restaurante que coñecía Sergio e pedimos unha táboa de ibéricos, xa que me apetecía moito comer un bo xamón ben curado. Ao terminar para cear, Sergio propúxome ir ver os fogos artificiais da cerimonia de clausura.

Fómonos ata o Hospital Clínico Universitario “Lozano Blesa”, a unha das súas últimas plantas para poder, desde alí, ver unha magnífica panorámica nocturna da cidade e, como non, os maravillosos fogos artificiais.

Ás dez e cuarto empezou o espectáculo pirotécnico que durou nada menos que corenta e cinco minutos. Indescribible, foi a palabra que mellor os definiría.

Ao termo, sobre as once da noite, regresamos a casa de Sergio e o seu pai, algo nervioso, levounos, con toda urxencia, ata a estación intermodal de Delicias, xa que o meu tren saía ás doce e media da noite.

Chegamos sobre as once cincuenta. Sergio axudoume a levar as

miñas cousas ata o control de seguridade. Alí despedímonos ata o seu regreso a Coruña.

Estiven esperando ata que nos paneis informativos apareceu a plataforma onde quedaría situado o tren. Unha vez anunciado a súa chegada, o control de seguridade permitíume baixar ás plataformas, previo paso das miñas pertenzas polo control de raios X.

Cando chegou o tren, fun correndo a buscar o meu vagón, o cal atopábase na cabeceira do tren.

Subín, busquei o meu asento, coloquei as miñas cousas e quedeime profundamente durmido.

EPÍLOGO

Hoxe finalizo de escribir este diario. Logo de narrar os meus nervios anteriores a que fose admitido, logo de ser admitido e, como non, as miñas experiencias nos oito días que estiven de voluntario, sítome feliz de participar en devandito evento.

Conteivos esta historia, a miña historia. A uns, que sexan voluntarios, sucedéronlles cousas parecidas, a outros lles parecerá un conto, pero o que é certo é que isto é o que vivín.

Ao recordar esta experiencia, véñenme moitos momentos alegres e de gratitude aos meus compañeiros de grupo, aos meus amigos que, coa súa presenza ou desde a súa ausencia, sempre me apoiaron, porque o que é certo é que eses oito días vividos en Zaragoza, enriquecéronme máis como persoa. Sentínme como unha peza, aínda que minúscula, dentro dunha gran máquina que tiña que estar perfectamente coordinada e engrasada. Volvín a vivir a experiencia de ser voluntario e recoméndoala. Non só por ver o evento en cuestión, senón por sentirse útil, vivo e de dar algo de ti aos demais.

Planeaba xa contar esta experiencia, para ter un recordo por escrito e indeleble, dun marabilloso recordo. Quizais nunca saiba canto cambiou a miña vida por escribir esta historia.

Non teño máis que dicir, salvo ¡¡¡GRAZAS!!!.
Grazas por ler a miña historia, grazas aos meus compañeiros de voluntariado, grazas aos meus amigos e grazas a ti.

MIS COMPAÑEROS





LA MASCOTA DE LOS CHICOS DE DARSENAS

